

EN LA TIERRA DE NUNCA JAMÁS

Iñaki Ochoa de Olza.

FALLECIDO 23 DE MAYO DE 2008

DESCANSA PARA SIEMPRE EN EL ANNAPURNA



EN LA TIERRA DE NUNCA JAMÁS

jueves, 20 de marzo de 2008

Sé perfectamente que podía haber sido de otra forma, pero al final la moneda ha caído de cara y, con una sonrisa que se hace vieja pero continúa siendo sincera, vuelvo a pasear las gastadas suelas de mis botas por el cuartel turístico de Katmandú. Aquí reina este año donde una paz frágil e inestable que se desparrama a borbotones entre las expresiones amigas de siempre, y que es aprovechada y disfrutada con fruición como la calma que precede a la tempestad. El mes que viene hay elecciones, posiblemente el Rey dejará de serlo y Nepal pasará de monarquía a república. Habrá jaleo, me temo.

A veces me invade la sensación de que en la vida todo depende de alguna feliz casualidad, de una llamada de teléfono a tiempo, o de cosas así. El pasado mes de noviembre me puse en contacto con el doctor J.J Rey, quien unos días después operó con soltura y éxito mi rodilla derecha. Uno de sus trotados tendones llevaba dando guerra desde el regreso del Dhaulagiri, último regalo de una montaña subestimada y peligrosa como pocas, que supo sacarlo todo de nosotros hasta el final. Afortunadamente la recuperación ha sido excelente y he podido volver a sentir las sensaciones de placer al entrenar y escalar. Nunca agradecemos lo suficiente tener salud, pero al menos yo puedo agradecerle aquí a mi médico su probada eficacia. Del mismo modo, desde LORPEN y DIARIO DE NAVARRA se me sigue apoyando sin fisuras y, sobre todo, sin ningún tipo de presión. Sin ellos, la mía sería una actividad simplemente imposible, desesperante, me volvería loco de remate.

Hablando del tema, dicen los psiquiatras que nosotros los alpinistas, y más concretamente los himalayistas, sufrimos un síndrome que incluso tiene su nombre científico, el "Complejo de Peter Pan". Nuestro irremediable mal nos hace regresar siempre a los mismos sitios, buscando esa eterna juventud a través de aventuras extremas y, a los ojos de los demás, inútiles. Los que supuestamente padecemos semejante desfase siempre estamos haciendo cosas propias de lunáticos, como pilotar aviones o escalar montañas. Además, según ellos, siempre nos caracteriza el ser soñadores y huidizos, escapando constantemente de eso que ellos mismos definen como realidad. ¿Qué quieren que les diga? Yo soy feliz aquí, en mi Tierra de Nunca Jamás, y si se deja o descuida por un instante lo único que quiero es subirme al Annapurna, y después bajar. Así que me disculpen por una vez, pero espero que a los señores loqueros les guste la morcilla, porque me parece que se van a hartar.

He pasado los últimos diez días entrenando como un mulo joven por el valle del Khumbu, a los pies del Everest. Han sido más de 60 horas de caminatas, he subido a seis montañas de más de 5.000 metros, alguna de ellas dos veces, y de nuevo mi alma se halla equilibrada y dispuesta para el baile, tras haber cesado los interrogantes que siempre resuenan en la cabeza envueltos en el stress de la partida. En las próximas semanas les presentaré a "mi" montaña y a mis amigos, y les contaré cómo nos va.

Hoy no puedo finalizar sin mostrar mi más profundo disgusto por lo que los militares comunistas chinos continúan haciendo en el Tibet con total impunidad, mientras el mundo mira para otro lado y el COI les concede unos señores Juegos Olímpicos. Por mi parte, además de no hacerles ni caso, ni a los chinos ni a los Juegos, sólo espero que los tibetanos puedan vivir pronto en paz y libertad, porque llevan muchos años mereciéndoselo. Y lo mismo deseo para todos ustedes, por supuesto.

Iñaki Ochoa de Olza.

EL BUENO, EL FEO Y EL MALO

jueves, 27 de marzo de 2008

Apenas han transcurrido cinco minutos desde que he entrado por la puerta del Hotel Thamel, mi casa en Katmandú, cuando suena el teléfono. Enseguida me dicen que una mujer pregunta por mí. Sonrío, pues sé bien de quién se trata, y me dirijo al galope hacia la recepción. Poco después estoy charlando una vez más con la octogenaria norteamericana Elizabeth Hawley, periodista, supuesta agente de la CIA y residente en Katmandú hace casi cincuenta años. Su tono es cordial, como siempre, aunque ella no sabe que yo cada año le tengo más aprecio, siquiera porque su presencia aquí, y la mía, significa que ambos seguimos en camino. Ella es quien se encarga de entrevistar a los líderes de las expediciones que se dirigen a escalar en el Himalaya, tanto a la ida como a la vuelta. En los últimos años, cosas de la edad, ella ha bajado un poco el ritmo y ya no puede hablar con todo el mundo, además de que cuenta con la ayuda de otras dos personas para realizar su cometido. Por lo tanto, es un honor que encuentre un hueco para mí. Concertamos una cita para la mañana siguiente.

Un minuto antes de la hora señalada, su viejo VW Escarabajo aparca enfrente del hotel y su figura, cada vez más frágil, parece titubear en un primer momento. Pero pronto compruebo que su cabeza funciona igual que siempre, a sus años. Miss Hawley, como le llamamos todos, pasa los siguientes 40 minutos explicándome en detalle el funeral de estado de su íntimo amigo Edmund Hillary, desaparecido el pasado mes de enero. Ella asistió en primera fila, junto a la viuda y la primera ministra de Nueva Zelanda. Después pasamos a hablar de mi expedición, compuesta por Horia Colibasanu (Rumanía), Don Bowie (Canada) y yo mismo, además de ocho amigos rusos que tardarán todavía un



THE GOOD, THE BAD AND THE UGLY
En la foto, el de la izquierda es Don Bowie, el del centro yo, y el de la derecha es Horia Colibasanu.

par de semanas. Miss Hawley me explica que para sus registros seremos dos expediciones diferentes, si no es problema. Después me pregunta: *¿Cuál es el nombre oficial de vuestra expedición?* Sin saber muy bien qué decir, le respondo: *“Pues mira, ahora que lo dices, habíamos pensado en llamarnos EL BUENO, EL FEO Y EL MALO ANNAPURNA 1 EXPEDITION, pero el problema es que no nos hemos puesto de acuerdo en quién es quién. Nadie quiere ser El Feo.”* Mi vieja amiga se desternilla de risa, por un momento temo que se descuajeringue.

Al día siguiente Horia y yo finalizamos nuestra breve estancia en Katmandú con una fantástica cena en compañía de nuestros amigos polacos Piotr Pustelnik, Piotr Morawski y Dariusz Zaluski, además del eslovaco Peter Hamor. Son algunos de los grandes alpinistas del este. Ellos se dirigen también al Annapurna, aunque por la cara noroeste, la vertiente opuesta a donde estaremos nosotros. Gentilmente nos ofrecen todo tipo de información sobre la difícil arista este, que ellos escalaron hace un par de años y nosotros pretendemos repetir ahora. Peter Hamor dibuja incluso un croquis con todos los detalles técnicos habidos y por haber, haciendo gala de un envidiable buen humor. Quedamos en vernos en la cima, si no es mucho pedir, y nos despedimos como si fuéramos hermanos tras cuatro horas de compartir historias y pasiones, unidos por un mismo destino. Hemos acabado, seguramente, con buena parte de la despensa y la bodega del restaurante, pero ni siquiera por un instante hemos hablado de

mujeres, lo que sólo puede querer decir que estamos motivadísimos. En nuestra visión de túnel, nada vemos más allá de las salvajes montañas del Himalaya, el lugar donde hace tiempo que residen nuestros espíritus, y hacia donde nuestros pasos ahora se encaminan.

EN EL LABERINTO

jueves, 3 de abril de 2008

Horia y yo sudamos profusamente camino de Ghorepani, primera parada de nuestro particular peregrinar hacia el Santuario de los Annapurnas. Aunque el camino es empinado y requiere su esfuerzo, no podemos dejar de mirar a los hermosos rododendros gigantes que nos rodean. A finales de marzo, la primavera ha explotado y todo a nuestro alrededor florece sin complejos. Sin duda, esta es la mejor época del año para caminar por este país. Apresuramos el paso y contenemos la respiración cuando al fin podemos ver el Dhaulagiri, que ambos escalamos el pasado año y que nos dejó marcados cual ganado, a fuego. Por unos instantes plagados de sentido, ninguno puede pronunciar una sola palabra. Apenas un rato más tarde, volvemos a la cháchara habitual y a las bromas.

Sólo tres días después, nuestros pasos se adentran en este gigantesco circo natural que forman los diferentes Annapurnas. Se trata de uno de los lugares más hermosos que mis ojos hayan visto, y se entiende perfectamente el carácter sagrado del lugar, así como la espiritualidad que emana por doquier. Nuestra llegada me estremece en lo más profundo, me deja de nuevo sin aliento, sin siquiera un asomo de esperanza. Montañas de 6.000 y 7.000 metros, de apariencia inviolable, se ofrecen a nuestra mirada sin pudor alguno. Al fondo del todo, casi tímida, encontramos nuestro objetivo, la inmensa pared sur del Annapurna 1. Es una de las paredes más grandes de la tierra, junto a la pared sur del vecino Dhaulagiri y a la vertiente Rupal del Nanga Parbat, en Pakistán. Más de 4.000 metros de imperdonable desnivel nos separan de la cima, y ninguna ruta hasta ella es en ningún modo asequible. En un primer momento, la empresa se me antoja una quimera irrealizable, apenas un sueño pasajero e imposible.

Nos instalamos en uno de los pequeños albergues nepalíes, rodeados por la nieve, cercanos al lugar del campo base tradicional. De momento dormiremos en una especie de camastro, y cada uno tenemos nuestra pequeña habitación. Los ocho colegas rusos con quienes compartimos permiso de escalada y planes aún tardarán diez días en llegar, y con ellos llegará el campo base tradicional, con su cocinero y sus tiendas. Aquí nos reunimos, por fin, con nuestro amigo canadiense Don Bowie, el tercer miembro de nuestra pequeña expedición. Don mide 1,90 cm., es atlético y tiene todo el aspecto de ser un actor de Hollywood, con sus ojos profundamente azules y su perenne sonrisa. Horía y yo estamos de acuerdo; aunque no hemos decidido todavía quién de nosotros es el bueno, quién el feo y quién el malo, ya sabemos por lo menos quién es el guapo.

Nuestra peregrinación anual ha concluido otra vez. Ya estamos donde queríamos, aunque he de reconocer que nunca me había sentido tan impresionado por las dimensiones físicas de una montaña, ni siquiera por el K2. Tenemos ocho o nueve semanas por delante para descifrar los secretos de este laberinto en apariencia inexpugnable, que estoy seguro sabrá sacar lo mejor de cada uno de nosotros. Sé bien que una parte de nuestra sociedad no ve con buenos ojos que seamos capaces de pelear como condenados para cumplir nuestros sueños, ni que derrochemos valor en nuestra aparentemente estéril búsqueda. Sé que nuestro modo de vida alternativo no siempre es entendido o bien recibido pero, ¿acaso debería reprochármelo? La Diosa Annapurna tiene más respuestas guardadas en su regazo que todas las preguntas que yo sería jamás capaz de formular. La espera ha terminado, el sueño puede ser vivido.

Iñaki Ochoa de Olza.

LAS PAREDES DEL POZO

jueves, 10 de abril de 2008

Me parece que ya se ha hecho tarde para cambiar de rumbo, y además no tengo ganas. Creo que somos tipos tercos, de esos que nunca aprenden aunque les muelan a palos. Sostengo que la escalada ha rescatado mi vida de las garras de una existencia burguesa, mediocre o insignificante, o todo ello a la vez. Aunque haya quién piense que sólo somos los niños malcriados de una sociedad decadente, yo no lo creo así, y sólo espero el momento de subir bien alto para mirar una vez más con infinita libertad dentro de mí, y para robarles energía a estas montañas sin par que me alimentan y enriquecen cada vez más. Esta vida, que yo mismo he elegido, me llena profundamente. “Piedra que rueda, no coge musgo” dice un refrán, creo que inglés o algo peor. Mis paisanos de BARRICADA lo cantan mucho mejor, sin duda; *“Mira cómo todo se llena de polvo, cuando no le das meneo a la vida...”*. Para barricada de verdad, esta pared sur del Annapurna que domina nuestras vidas y es el objeto de nuestros anhelos, esperándonos como un amigo fiel y silencioso. Y para meneo, el que sin duda nos espera. En toda la historia, sólo cinco personas han alcanzado la cima por la arista este, nuestra ruta.

Hemos comenzado el arduo trabajo de encontrar la ruta y equipar los primeros campos de altura, acarreando hacia ellos toda nuestra impedimenta, que es escasa pero aún así pesa lo suyo en nuestras mochilas. Como siempre, escalamos sin sherpas, y por supuesto sin oxígeno. La ruta no decepciona; es farragosa, inconcreta y exigente desde el primer metro. Para empezar a hablar del tema, hay que perder 200 metros de altura y bajar a un glaciar pedregoso que nos separa de la morrena opuesta, lugar donde se instala el campo base tradicional. Pasado este sombrío lugar, una empinada travesía de hierba congelada nos pone en apuros, y debemos ponernos los crampones para superar el tramo, que dejamos equipado con una cuerda de 150 metros, ya que un simple resbalón sería mortal de necesidad. Todo ello a la altitud *extrema* de 4.200 metros. Miseria desde el principio, cómo me gusta.

Así es como empezó todo, hace ya unos días, pero ahora una semana larga de mal tiempo nos ha dejado más o menos inmovilizados en nuestro campo base. Las nevadas, copiosas y diarias, han ralentizado nuestro ritmo pero no han mermado un ápice nuestra moral. Poseemos tiempo de sobra, tenemos de todo y nada será capaz de desesperarnos. No pasa nada por un poco de nieve, ya que falta prácticamente toda la temporada y, cuando la mayoría de las expediciones de este año todavía no han llegado a sus respectivos campos base, nosotros tenemos ya el objetivo en el punto de mira. Además me encuentro especialmente satisfecho de la elección de compañeros de este año, que modestamente juzgo como un gran acierto. Horia Colibasanu, un gran amigo, está en muy buena forma, además de que no deja de hacer bromas. Don Bowie es un escalador excelente, extremadamente fuerte, motivado, tranquilo y además un excelente compañero. Me parece que no será la última vez que nos veamos las caras.

Por la noche hace todavía mucho frío, cuando deja de nevar, y a veces me siento a ver las estrellas, en el memorial que domina el campo base, bajo las banderas tibetanas de oración. El cielo que disfrutamos aquí no se puede ver en ningún otro lugar, y el silencio es una droga que colma mis venas de paz. Sentado entre las placas de los amigos y desconocidos que dejaron aquí su vida, sonrío en su memoria, miro al gigante Annapurna, y sigo susurrando versos de alguna vieja canción; *“Y si me dejas, te voy a pintar con el color de cualquier esquina”...*

Iñaki Ochoa de Olza.

EL ESPEJO DE ANATOLI

jueves, 17 de abril de 2008

Ayer por la mañana, mi compañero Horia Colibasanu y yo escalamos durante un montón de horas antes de tocar por fin la inmensa pared sur del Annapurna. Fue uno de los días más duros y tensos que puedo recordar, subiendo sin parar durante casi once horas, rodeados en todo momento por paredes difíciles de medir a simple vista y sabiendo que de nuestras decisiones hoy dependerán muchas cosas en un futuro cercano. Las dimensiones nos engañan sin parar. Diez días de nevadas constantes y una mala gripe, en mi caso, nos habían dejado atrapados sin mucha salida en nuestro campo base. El catarro no ha supuesto mayor problema y lo he curado como buenamente he podido, pero las nevadas han dejado el glaciar repleto, y el trabajo es agotador. Nos hemos sentido pioneros, decidiendo cómo y por donde pasar. Por la mañana el frío te paraliza y, sólo unas horas después, apenas podemos soportar los 50 grados de temperatura de este horno. Nos cocemos vivos, nosotros y nuestros sueños.

Por otra parte, ya han llegado los rusos con los que compartimos jugada y destino, aunque dentro de una cierta independencia que pretende ser mutua. Vienen ocho de ellos, concretamente, con el mismo aspecto duro y austero de siempre, aunque ya no nos impresionan tanto como antes porque nos conocemos bastante y sabemos que bajo tanta fachada tienen un corazón como cualquiera. Han tenido sus dudas acerca de dónde instalar el campo base, pero al final se quedan donde estamos nosotros. Entre nuestros camaradas encontramos viejos amigos como Sergey Bogomolov y Alexei Bolotov. El primero de ellos ha subido a tantos ochomiles como yo, 12, más que nadie en Rusia. Le faltan el Annapurna y el K2 para completar su "colección". Alexei es, por su parte, uno de los mejores himalayistas del mundo, y ha escalado vías nuevas en el Lhotse, el K2 y el Jannu, además de un par de veces el Everest. Entre los demás hay de todo, claro, aunque hay una pareja que no habla mucho pero cuando se ríen te entran ganas de echar a correr, con esos lindos *piños* de oro... Tiembla Annapurna.

Hablando de rusos, tenía yo un amigo que había nacido en aquel país, aunque vivía en Kazajistán. Se llamaba Anatoli Boukreev y era sin duda el mejor escalador del Himalaya de su generación. Anatoli fue, junto con mi añorada amiga Miriam García Pascual, la persona que más me ha influido en mi manera de ver el mundo y decidir qué rayos hacer con esta vida que nos ha tocado. Su última expedición se desarrolló aquí, en el Annapurna, y su vida acabó en una avalancha el día de Navidad de 1.997. Había escalado 21 ochomiles seguidos sin fallar nunca, y en sólo 8 años. Boukreev me había invitado a unirme a su última expedición, y tuve serias dudas antes de declinar la oferta. Tras su muerte, su novia me hizo llegar un pequeño espejo metálico que Anatoli tenía entre sus pertenencias entonces, y que yo todavía conservo y utilizo con honor en todas mis expediciones.

Su espíritu de hombre bueno ronda sin duda estos lugares mágicos, y de vez en cuando me aconseja y anima. Apenas a cincuenta metros de mi tienda se halla el memorial budista que honra su memoria, y en una placa en la piedra pueden leerse algunos datos biográficos y la siguiente frase: *"Las montañas no son estadios donde satisfacer nuestra ambición deportiva, sino catedrales donde practicar nuestra religión"*. Y yo no podría estar más de acuerdo. Hay gente que vive 39 años y es eterna, y cuánto nos alegramos de que se hubieran cruzado en nuestro camino. Te echamos de menos, Toli, y seguimos mirándonos en tu espejo. A veces me paseo por el memorial, y entonces es tan difícil reprimir alguna lágrima...

Iñaki Ochoa de Olza.

DÍAS DE GLORIA

jueves, 24 de abril de 2008

La hoja de mi piolet araña la roca produciendo un chasquido que no me gusta en absoluto. Busco con ahínco una pequeña fisura oculta, algo que me permita empotrar el filo metálico del cacharro y superarme sólo un metro, justo aquí arriba donde la nieve parece algo más compacta y profunda. A mis crampones tampoco les gusta morder en la roca, ellos son como yo y sueñan con hielo espeso y dulce... Tengo que mantener la calma, ya que aquí arriba la caída no está permitida. Don Bowie me mira desde 20 metros más abajo, colgado de un clavo en la repisa desde donde me va soltando cuerda, y en su expresión se observa el tono grave de quién sabe lo que está en juego. La nieve apenas cubre la roca sobre la que me hallo encaramado y de nada me serviría golpearla con más fuerza; ahora la escalada se transforma en una especie de ballet sutil y delicado. Al final, resuelvo el paso con relativa elegancia, si se me permite ponerme arrogante. Un poco más arriba, por fin encuentro terreno donde progresar con comodidad. Miro con tristeza la hoja de mi querido piolet, que ha quedado doblada como si fuera de mantequilla, inservible en un futuro inmediato. Francés tenía que ser.

Hace apenas cincuenta metros que he cruzado la enorme grieta que da acceso a la pared sur del Annapurna, y el baile ha empezado con marcha desde el principio. Tenía unas tremendas ganas de escalar, así que egoístamente me he atado la cuerda sin preguntar a mis compañeros si acaso ellos querían empezar. Me he atado el casco con la misma ceremonia de un guerrero samurai antes de la batalla. El terreno se veía ya desde abajo muy comprometido, así que ninguno de mis amigos ha siquiera osado abrir la boca para protestar. Hoy me toca a mí, soy el más viejo. Tras escalar lo más difícil, todavía progresaremos varios cientos de metros por terreno algo más sencillo, aunque dejaremos puestos 400 metros de cuerda fija que sabemos ayudarán nuestro descenso. Mañana remataremos la faena alcanzando una excelente repisa protegida de todo menos del desamparo, donde instalaremos nuestro campo 2, nada más que una pequeña tienda amarilla.

Bajamos corriendo por el glaciar hacia el campo 1. Yo camino delante por la huella que hemos trazado esta misma mañana, después viene Horia Colibasanu y detrás Don, que además de guapo es también el más alto y pesado. En un momento dado, la mitad de su cuerpo desaparece tragado por las fauces de una grieta maligna. La nieve que la escondía nos ha aguantado a todos menos a él. Así es la vida, chaval. Le sacamos a tirones de la cuerda que nos une, mientras nos reímos de él sin compasión, porque sabemos que a Don una de las pocas cosas que le da pavor son las grietas de los glaciares. A mí me sacan de quicio las tormentas con rayos y a Horia, que es rumano, lo único que le da miedo de verdad son los comunistas.

Por la tarde, refugiados en la tienda del campo 1, Don cocina goulash con pollo, que ha sacado vaya usted a saber de dónde. Comemos como búfalos, quién dijo que con la altura se pierde el apetito. Mientras tanto, Horia nos cuenta una rocambolesca historia de no sé qué boda rumana en la que la novia fue secuestrada en un coche muy viejo... Don, que es un chico muy educado, hace como que le escucha mientras lee una vieja Biblia. Yo, por mi parte, pienso en los abismos cósmicos de ese cielo infinito que nos cubre y protege, y me siento afortunado de tener estos amigos, y de pasar aquí estos días de gloria que justifican por sí mismos nuestra presencia debajo de este gigante y llenan de sentido nuestras vidas.

Iñaki Ochoa de Olza.

LOS DEMONIOS DE LA CIVILIZACIÓN

jueves, 1 de mayo de 2008

Esperamos y miramos al cielo. En cuanto el pronóstico del tiempo sea favorable, saldremos en busca de la cima del Annapurna, lugar mágico donde de nuevo nuestros sueños serán destruidos sin compasión. Nuestros cuerpos, por su parte, se han declarado preparados para lo que se les viene encima sin remedio, aclimatados a la altura inhumana de este gigante de nuestros deseos más... públicos. El proceso de aclimatación a la altitud, que acabamos ahora de finalizar, es siempre una fase ingrata, dura e inevitablemente más larga de lo deseado. Pero me imagino que una vez más nos lo hemos ganado a pulso, tras un mes de estancia en el campo base e innumerables viajes arriba y abajo, cargados como mulos. Les recuerdo, no usamos porteadores de altura, nadie ha de jugarse el bigote por nuestra gloria o a cambio de nuestro vil metal. Sin duda esta es una de las expediciones en las que más he trabajado desde un punto de vista físico, pero ésta es la forja donde se temple el acero que luego nos ha de permitir cabalgar esas aristas colgadas del cielo. El hierro gime y se queja, dice el poeta, pero después se convierte en martillo y en espada. Nos encontramos con buena salud, contentos y motivados, y con el mismo equilibrio espiritual de un gurú, si es que ello es posible, rodeados de uno de los escenarios más hermosos que sea posible encontrar en este planeta.

El pasado día 21 de abril Horia y yo escalamos hasta los 6.500 metros por la ruta polaca de la cara sur (Kukuczcka-Hajzer, 1988). Subimos sin aparente esfuerzo, la pared se halla en condiciones aceptables. Al día siguiente, las piernas cansadas, nos dirigimos a la vía que se encuentra justo a la derecha de la anterior, abierta en solitario el año pasado por nuestro amigo el enérgico esloveno Tomaz Humar. Su ruta es fantástica, lógica y más segura de lo que parece. Entramos por una variante que puede ser nueva (800m.) y, sin llegar a sacar la cuerda de la mochila, ascendemos dos terceras partes de la pared, y nos dimos la vuelta casi a 7.000 metros porque tenemos el trabajo hecho. Destrepamos cada paso con cuidado hasta alcanzar de nuevo el glaciar. Hemos encontrado el cómo y el por donde, así que parte de los misterios del Annapurna han sido ya resueltos. Sólo falta lo mejor, la nata del pastel.

Creo que una de las numerosas razones por las que practicamos la escalada en el Himalaya es simplemente para purgar de nuestros cuerpos los demonios de la civilización occidental. Me refiero, como algunos de ustedes intuyen, a la soledad no elegida, el hastío, la depresión, el consumismo, el clima político que nos rodea, la violencia, las diversas adicciones posibles y probables, además de los malignos centros comerciales. Todos estos demonios se han quedado directamente en casa, incapaces como son de desplazarse en el espacio hasta aquí. Mientras tanto, sus compañeros el colesterol, el sedentarismo, el aburrimiento y el sobrepeso, que quizás han viajado hasta aquí, están a punto de perecer con saña, sumidos los pobres en los inevitables encantos de la cara sur de esta montaña sin par. Pronto va a empezar un baile salvaje, que dejará nuestros cuerpos limpios y desnudos, privados de todo resto de fuerza, pero cargados hasta los topes de esa energía espiritual rica como pocas, que da cuerda a nuestras vidas sin cicatería alguna. Lo que ustedes pueden hacer por nosotros es enviar fuerza y buenos deseos, rezar si saben o quieren, y quizás dejar de lado por un rato el periódico o el ordenador y salir a dar una vuelta, correr o andar en bicicleta... más que nada, por sacudirse de encima por un rato a esos demonios de los que hablaba, tan poco amigables pero también tan débiles de carácter, los muy cobardes.

Iñaki Ochoa de Olza.

LO QUE ME GUSTA DE TI

jueves, 8 de mayo de 2008

La hora finalmente ha llegado y estamos completamente preparados para nuestro intento de cumbre. De hecho, nos gustaría haberlo iniciado ya en lugar de estar simplemente en el campo base. Durante los últimos días, mi amigo Horia Colibasanu y yo mismo subimos al campo 3 (6.900 metros) para dejar allí todo el material que necesitaremos en la subida final. En lo más profundo de nuestros pensamientos una voz nos decía: *podrías ir ahora a la cima, ¿lo sabéis?*, pero no le quisimos escuchar. Por una parte, el viento todavía era muy fuerte en la arista y, por otra parte, estábamos descoordinados con nuestro amigo Don Bowie, algo retrasado en su aclimatación debido a la misma gripe que hemos pasado Horia y yo.

Tengo que pelear con un largo día abriendo huella sobre un terreno muy empinado, con Horia siguiéndome, para alcanzar la pequeña grieta en la que está situado el campo 3, a casi 6.900 metros. Fue duro, por supuesto, y terminé seco como una ciruela pasa cuando acabé con mi apuesta, pero es la clase de ejercicio agotador que prepara a nuestros cuerpos para los dolores venideros. Cuando llegamos, el viento aullaba como un lobo y decidimos no pasar allí la noche. Los eventuales beneficios de hacerlo eran pecata minuta comparados con la incomodidad y el dolor de una noche de tormenta y miseria. Regresamos todo el trayecto de vuelta al campo base –de 6.900 a 4.100 metros-, al que llegamos a las 10 y media de la noche, cansados pero felices tras una jornada de 16 horas.

El campo base no está tan concurrido como antes. Cuatro de nuestros ocho amigos rusos han dado la expedición por finalizada y han desaparecido valle abajo, en busca de tierras donde la vida tal vez no sea más fácil pero sí más caliente. Los echamos mucho de menos, porque eran extremadamente amables y porque aquí arriba hay trabajo de sobra, pero contemplo su decisión con absoluto respeto, porque han sido honestos consigo mismos al comprobar que este muro quizá sea demasiado para sus habilidades. Siempre celebraré esta clase de grandeza personal que conduce a la humildad y que en los Himalayas hace que tu vida sea más larga.

Annapurna, tu belleza y majestuosa grandeza hace mucho que conquistaron el lugar donde conservo mis sueños. Mi única esperanza es que pronto pueda desvelar tus secretos y deshacer el nudo que se me ha formado una vez más. Ahora el tiempo es incierto y no sabemos exactamente qué carta jugar o qué hacer inmediatamente. Es un juego de espera este y los pacientes son habitualmente los ganadores. Para mi la espera es más sencilla que para mis amigos y compañeros Horia y Don. Mi novia canadiense, Nancy, está aquí apoyando mi escalado y aguardando pacientemente nuestro retorno del intento de cumbre. Su belleza, bondad, inteligencia y compasión iluminan mis días y me inspiran constantemente. No sé cómo y cuándo se lo podré devolver, así que lo diré ahora: *Gracias, mi amor, volveré pronto desde el otro lado de ese océano solitario...*

Iñaki Ochoa de Olza.



Hola a todos,

Como ya sabéis, mañana día 15 salimos para arriba. Viene con Horia y conmigo el ruso Alexei Bolotov, uno de los mejores himalayistas de la historia, y un autentico animal además de muy buen tío. Sus amigos le llaman "El mutante".

Los otros tres rusos, que sobrevivieron a su particular odisea de 12 días en la pared, se fueron ayer en helicóptero, uno congelado y dos hartos.

La cima en principio para el 19 de mayo, lunes, si no nos retrasamos.

Todo en orden, el físico mejor que nunca y la moral por las nubes. Hemos sabido esperar y creemos que ahora es el momento oportuno, aunque nos reservamos "el derecho" a intentarlo de nuevo...

La foto es de hoy por la mañana, así que ya estáis puestos al día... Estamos optimistas, y las nevadas de los últimos días no han sido ni mucho menos lo que se esperaba, apenas ha caído nada. A partir del jueves, debería hacer mejor tiempo y poco viento en la interminable arista.

Un abrazo y hasta pronto, que nos vamos. Iñaki miércoles, 14 mayo 2008.

CERCA DEL CIELO

miércoles, 01 marzo 2006

El invierno se acaba y comienza de nuevo la temporada alta de escaladas en el Himalaya. Afortunadamente para alguien como yo, que está radicalmente infectado por el virus de la pasión por las cumbres más altas, llaman de nuevo a mi puerta los días en los que la vida se compone de lo más simple y de lo más bello. Serán de nuevo jornadas de esfuerzo y lucha, de amistad y de pura vida. Una vez más, sólo armados con unos simples pinchos que malamente ajustamos a nuestra anatomía, intentaremos subir cerca del cielo. No es que no me guste mi tierra o mi gente, pero este par de meses que se avecinan darán de nuevo forma y sentido a mi existir.

Los sinsabores del año pasado no han hecho mella en mi organismo, y mucho menos en mi entusiasmo. No he sentido la necesidad de "bajar el pistón" , o proponerme objetivos más asequibles, o quizás utilizar sherpas o oxígeno para asegurar los ascensos. No me sentí "fracasado" entonces y mucho menos ahora. Como he intentado reflejar de un modo al menos irónico en mi audiovisual "No somos nada", cuando subo a la cumbre o cuando no lo hago, la diferencia esencial es mínima e íntima, y todo lo que yo sienta o aprenda nunca va a depender de esos últimos pocos pasos. Aunque es cierto que escalamos para llegar a la cima, si el viaje sólo dependiera de esa circunstancia los himalayistas pronto seríamos seres frustrados, o peor aún, muertos.

El invierno ha sido largo y duro. La desaparición del increíble himalayista francés Jean Christophe Lafaille en el infravalorado Makalu me ha afectado lo suyo, y es algo difícil de asumir, una vez más. Porque en los últimos dos años sólo dos personas en el mundo habían intentado escalar un ochomil en solitario y en invierno; él y yo. De hecho, su muerte me ha hecho cancelar mi plan original de intentar de nuevo en solitario y en invierno el Shisha Pangma. No tenía el corazón de meterme en algo así justo ahora. También he desechado la idea original de intentar el Kanchenjunga durante la primavera. La razón es más simple en este caso; parece ser que el "Himalayan Circus" se traslada allí este año, con toda la parafernalia que exige la ocasión. Después de lo visto en el K2 hace un par de años, prefiero ir hacia sitios donde los escaladores, o sus jefes y los medios de comunicación que les acompañan, no necesiten parecer más que los demás para realizar sus actividades, y también donde la atención no sea desproporcionada. Les deseo lo mejor a los amigos que estarán en el temible "Kanchen" este año.

En el Manaslu estaremos tranquilos. Es una bella montaña, que ya conozco por mi intento otoñal, con "Al filo...", de 1999. En aquella temporada la nieve no nos dejó movernos, veremos si la primavera se nos da mejor. Vamos a escalar en un potente grupo internacional; Denis Urubko y Sergei Samoilev de Kazakstán, Horia Colibasanu de Rumanía, Peter Guggemos de Alemania, Sergei Bogomolov de Rusia, Gia Tortladze de Georgia y el asturiano Jorge Egocheaga. Todos tienen una gran experiencia acumulada y todos saben muy bien que el Manaslu no es ninguna perita en dulce. No tenemos del todo claro por qué ruta vamos a intentar subir, si es que al final lo hacemos todos juntos.

Cuando acabemos allí, y si todo va bien, dirigiré mis pasos hacia el Dhaulagiri. Serán 7 ó 8 días de trekking fugaz, que me dejen en la gran montaña blanca, que tan bien conozco. Allí, en compañía de mis amigos italianos Luca Vuerich, Nives Meroi y Romano Benet, intentaremos la escalada de la arista noreste, eso que algunos llaman "la normal", con esa superioridad que sólo denota ignorancia. Bellísima ruta, una de las mejores que yo haya pisado, en los ochomiles o en cualquier otra montaña. Además, otros amigos como Carlos Pauner, Carlos Soria o Tente Lagunilla también andarán sueltos por ahí. Como siempre, esperamos que la honestidad y la humildad guien nuestros pasos, y también que la travesía que conduce a la cima verdadera esté en mejores condiciones que el año pasado.

He pasado parte del mes de febrero entrenando duramente en la Engadina Suiza. Es el lugar más bello de Europa, y la energía que he encontrado en sus nieves me acompañará en Asia. Después he viajado a Italia para conocer a la gente de MONTURA (ver links) una compañía innovadora y puntera que a partir de ahora me viste de la cabeza a los tobillos (los pies son de LORPEN...), con sus productos copiados pero no igualados. Digamos de paso que, hablando de empresas punteras, LORPEN y DIARIO DE NAVARRA se siguen distinguiendo por su trato exquisito y por su respeto a mis proyectos. Nadie me ha dado un "capón" por no subirme a ningún sitio el año pasado, y nadie me exige nada que yo no deba dar. Sin ellos, no sería posible que un navarro como yo haya visto el mundo desde tan arriba. Por ello, debo de nuevo dar las gracias públicamente.

No sólo he machacado mi cuerpo sin piedad en los últimos meses, preparándolo para lo que sin remedio se le viene encima. Además he sentado mi cansancio diario ante el ordenador y, a falta de detalles y correcciones, he terminado de escribir mi primer libro. Espero que esté en la calle en otoño, y también quiero que sea una edición cuidada y personal. Además pretendo que os guste, os conmueva o acaso os enfade, pero no que deje a nadie indiferente.

Las nieves de Asia me esperan. Bueno, no, todavía debo dar 3 conferencias y soportar la locura de la última semana antes de montarme en el avión, pero sé por experiencia que todo esto pasa rápido. Cuando esa máquina enfile por la pista, acelerando a mil por hora, también mis anhelos y mis sueños despegarán del suelo una vez más. Sueños de montañas gigantescas y anhelos de amor y vida. Pues nada menos que eso encuentro en el Himalaya.

Os lo contaré desde aquí y desde DIARIO DE NAVARRA, como siempre. Muchas gracias por vuestra amistad y fidelidad y hasta pronto.

Iñaki Ochoa de Olza, 1 de marzo 2006

HEMOS VUELTO

jueves, 23 marzo 2006

La luz se filtra con cierta tristeza a través del techo del albergue donde me alojo. Los dueños hace ya años que me conocen y, aunque estoy solo, me siento entre amigos. Los copos de nieve caen afuera pesadamente, dejando el paisaje vacío de color. Sé bien que, cuando deje de nevar, la belleza del Himalaya me volverá a hechizar, de nuevo caeré sin remedio en ese embrujo al que no puedo resistir. Aquí, en Namche Bazar, los conocidos y los vendedores de artesanía, de regalos y de artefactos de todo tipo me han dicho que el invierno ha sido seco sin contemplaciones, y que no ha hecho mucho frío. ¿Cómo ha de afectar eso a nuestra próxima escalada en el Manaslu? Pues no tengo ni la más remota idea, pero este ambiente gris y plomizo que me rodea en estas jornadas de entrenamiento y aclimatación no puede resultar más contrario a los sentimientos que guardo en mi corazón; plenas energías, salud, fuerza y amor. Por aquí cerca debe andar la plenitud, veamos si este año llega otra vez y nos mete un buen bocado, o al menos un zarpazo. O en último término un *achuchón*, si no es mucho pedir.

Los ojos del pequeño Gyalzen brillan mientras sonríe cada vez que sirve un plato, que sale siempre humeante de la cocina del Khumbu Lodge dirigido al estómago impaciente y agradecido de alguien que, como yo, lleva días caminando por los valles más altos, cargándose a conciencia de la energía que estas montañas desprenden, pues en nada más que eso consiste el arte de caminar por las montañas. Bueno, para mí estos días de duro ejercicio suponen también la oportunidad de equilibrarme de nuevo tras el meneo previo a la partida, que te deja siempre baldado por más experiencia que acumules. Me gustaría, como siempre, empezar dando las gracias a DIARIO DE NAVARRA y LORPEN, por su apoyo constante y sin fisuras, por su amistad y su confianza. Espero poner en el asador todo mi esfuerzo y dedicación, si es posible pasando las suelas de mis botas por las cimas del Manaslu y el Dhaulagiri. Lo mismo vale para todos los que me habéis apoyado después de las dificultades del año pasado. Y ya que hablamos de asadores espero que no se ase, ni mucho menos congele, nadie, especialmente yo. También quiero agradecerle su apoyo a Roberto Giordani, el capo de la compañía italiana MONTURA, que desde ahora me viste con su ropa de vanguardia de la cabeza a los tobillos... (lo siento, los pies son de Lorpen).

¿Puedo saludar? Pues, sin que esto se convierta en ninguna de esas basuras rosas televisivas, me gustaría mandarle un beso a mí (recuperada) chica, Corinne. Mi estupidez es a veces sólo comparable a mis ganas de escalar, y durante este pasado invierno le había perdido. Pero ahora hemos vuelto, en un derroche de inteligencia aunque esté mal que sea yo el que lo diga. ¡Ah!, ¿se pensaban ustedes que lo de "hemos vuelto" hacía referencia al Himalaya?... No, no, nada de eso. Al Himalaya no se vuelve. Cuando has venido aquí por vez primera, él se queda contigo para siempre. Habita en ti como una costumbre, quizás como un virus, siempre como una necesidad. Puedes escapar a ratos, hacia casa, pero el resto del tiempo tú le perteneces.

Estaré con todos ustedes en las próximas diez semanas. Espero pretenciosamente arrancar sentimientos verdaderos, quizás alguna sonrisa, o incluso lágrimas de emoción. O hacerles pasar el rato, mientras se toman un café. Lo que no quiero es dejar a nadie indiferente, en ese caminar que me lleva siempre cerca del cielo.

Iñaki Ochoa de Olza.

UN HOMBRE DE SUERTE

jueves, 6 abril 2006

Me despido de ella en el aeropuerto de Kathmandú con dolor y con ternura, mi corazón habitado por esa pena eterna que te come por dentro cuando no te queda más remedio que dejar por algún tiempo lo que más quieres. El taxista que me trae de vuelta a la ciudad entiende mi melancolía y me deja tranquilo, e incluso conduce con inusitada suavidad, como no queriendo perturbar mis alterados sentimientos. Acaban de finalizar tres semanas de serios entrenamientos, inevitable aclimatación y felicidad cotidiana. Un rato después paseo distraído por las viejas calles del barrio turístico de la capital nepalí.

Denis Urubko, de Kazajistán, al principio hace como que no me ve. Disimula y además se esconde guasón detrás de las ropas que cuelgan expuestas a la puerta de algún comercio. Por algo tiene formación de actor, aunque ahora es militar de profesión. Pero pronto le delata su sonrisa sin matices, y nuestro abrazo es sincero de verdad. Sus ojos azules centellean de nuevo con pasión, igual que lo hacían a menudo en Pakistán en aquel verano mágico de 2.003. Denis, que acaba de aterrizar, es uno de mis compañeros de expedición en el Manaslu. Enseguida me presenta a su acompañante, un tipo sólido y circunspecto que se llama Sergei Samoilov y que tiene aspecto de ser exactamente eso, un alpinista kazajo. Por un momento pienso que, con ese nombre y con esa pinta, los ochomiles han de parecer sin duda cuesta abajo. Hablamos divertidos de nuestras vidas en los últimos tres años, de su Annapurna y de mi K2, acaso también de nuestras mujeres. El me habla del dolor de marchar sin su Vika y su Maria y su Stepan. Mientras tanto yo le explico que, si he podido decir hasta luego a mi Corinne, entonces soy el hombre más estúpido del mundo.

Los días que se suceden en Kathmandú serán un periodo de emocionantes reencuentros. Aquí no hay más que alpinistas, así que podré compartir un café, un rato de charla y mucha energía con algunos amigos increíbles; Simone Moro, Joby Ogwyn, Peter Guggemos, Iván Vallejo, Andrew Lock, Fernando González, Nives Meroi, Romano Benet, Luca Vuerich.. Me alegro en el alma de ver a Ferrán Latorre y también, cómo no, a Mikel Zabalza, que se van al Kanchenjunga con TVE. Desayuno con su jefe, Sebastián Alvaro, y mantenemos una animada charla durante dos horas. E incluso el mismísimo Juan Oiarzábal y yo nos damos un apretón de manos, quizás no tan prieto, y nos comemos una pizza a menos de diez metros de distancia el uno de el otro. Y ni a él ni a mí nos pasa nada. Debe ser lo de la tregua.

Prosigo mi dasazonado caminar, añorando a mi chica pero feliz de ser capaz de ello. Toco con orgullo las nuevas piedras tibetanas que ella me ha regalado y que ahora cuelgan de mi cuello a modo de amuleto. Espero que me protejan no ya de las avalanchas y de las tormentas, sino también del hastío, el aburrimiento, el comfort exagerado y la burocracia, además de la arterioesclerosis. Quizás sea mucho pedirles. Pienso inevitablemente en cómo ella y yo paseábamos entrelazando nuestras manos, apenas el otro día. Entonces, un vendedor callejero nos miró con picardía y cierta sorna, mientras me dijo sin asomo de timidez; "You are a lucky man" (eres un hombre de suerte).

¿No les parece a ustedes que ciertamente es verdad? No creo que encuentre allá arriba, en los hielos vertiginosos del Manaslu o del Dhaulagiri, nada mejor o más hermoso de lo que ya tengo aquí abajo. Y, sabiéndolo, las cosas resultan más fáciles. Sí, así todo es más sencillo.

Iñaki Ochoa de Olza.

LECCIONES DE RUSO

jueves, 13 abril 2006

Nadie sabe cómo se apellida, aunque se llama Valeri y es calvo como una bola de billar. Pilota helicópteros con habilidad, con elegancia incluso. Por lo menos el vuelo que la semana pasada nos dejó en Sama, un pequeño pueblo a los pies del Manaslu, fue perfecto en todos los aspectos. Nos ha permitido dos cosas; evitar, esta vez sí, a los guerrilleros maoístas, y además escapar de las huelgas generales convocadas por los partidos democráticos y los propios maoístas, en contra del rey y el ejército. El vuelo fue una cosa blandita si lo comparamos con el de hace un par de años al Makalu. En aquella ocasión pasamos más miedo que vergüenza, pero aquí todo fue como la seda.

En Sama no hay maoístas, cuando llegó el primero le dieron una paliza tal que ahora sólo vienen en plan de informar, nunca a pedir. Pero comunistas venidos a menos si que hay; nosotros. En mi expedición hay cuatro que hablan ruso y dos que hablan rumano y se pasan el día hablando de política. Por lo que puedo entender a todos les gustaba Putin cuando subió al poder, y ahora todos echan pestes de él. Los kazajos tienen un presidente que se llama Nazarbaiev, desde hace unos mil años, aproximadamente, y según ellos el problema es que los de la oposición “de vez en cuando, van y se mueren. Así, misteriosamente”. Y se desternillan de la risa, luciendo al aire fino de aquí arriba esos espeluznantes dientes de oro.

Denis ha comenzado ha enseñarme ruso. Ya sé decir “yo no soy estúpido”, “el cielo es azul”, y otras cuantas cosas que por puro pudor no puedo reproducir aquí pero que según mis amigos rusos son mucho más útiles. Cada día aprendo dos o tres palabras. Le explico a Denis que cuando de verdad aprendí ruso fue en la expedición de hace tres años, cuando subimos al Nanga y al Broad Peak. Entonces entendí que la pasión que los rusos tienen por las montañas, unida a la pobreza radical que les espera de vuelta en casa, es lo que les hace ser simplemente los mejores, aunque tienen cierto peligro cuando se sueltan. Para demostrarle a Denis que lo que digo es cierto, me tiro unas cuantas horas abriendo íntegramente la huella en la nieve, desde el pueblo hasta el campo base, el pasado 5 de abril. Somos los primeros en llegar y nos esperan días de alpinismo de verdad. Al día siguiente, sin descansar y al estilo soviético, hago lo propio hasta casi el mismo campo 1. Cuando bajamos, los ojos de Denis relampaguean mientras me dice. “Iniakie, my friend, you are like russian man now”. (Iñaki, mi amigo, ahora eres como un ruso). Al igual que hace tres años, sonrío ante los elogios de este elemento sin par, quizás el mejor himalayista del mundo.

Mi amigo Jorge Egocheaga, que tampoco es manco precisamente, no habla ruso. Bueno, no habla mucho en ningún idioma, pero se puede contar con él para todo. Desprende una energía tranquila que se te pega aunque no quieras. Queremos subir juntos hasta arriba en este Manaslu (pronunciar Manasulu), montaña bella y espiritual, al menos vista desde fuera. Estando sólo, la empresa se me antoja quimérica, por un instante. Horia Colibasanu, mi amigo rumano con quién compartí la cima del K2 hace dos años, me explica que aunque no hemos alcanzado del todo el campo uno, el progreso ha sido bueno para ser el primer día. Intento poner cara de ruso, y me gustaría tener un par de piños de oro para impresionarle, mientras le respondo: “Horia, my friend, only summit is good progress” (Horia, amigo mio, sólo la cima es buen progreso). Se queda anonadado por un instante, y después comprende. Y, claro, nos morimos de la risa.

Iñaki Ochoa de Olza.

LA TORMENTA

jueves, 20 abril 2006

Nuestro campo base parece ser una tentativa, coronada por el éxito, de imitar las condiciones de vida de los héroes británicos de la Antártida de principios del pasado siglo; el megalómano capitán Scott y sus románticos (y aunque esforzados, también bastante inútiles) compañeros. La nieve se acumula aquí desde hace meses, pero cada día sin excepción una nueva cantidad, pequeña, mediana o grande, se añade con lo que parece ser sumo gusto a lo acumulado anteriormente. Todo blanco, todo frío, todo húmedo, todo helado. Así vivimos desde hace un par de semanas, y la cosa no presagia ningún cambio inminente. Comenzamos a añorar el polvo, la tierra y la lluvia, y el sol es ya parte de una realidad que no es la nuestra. Algunos días amanece medio bueno, y no nieva durante la mañana, pero a mediodía las nubes suben desde el valle, sin que nadie les llame ni les dé la menor bienvenida, y descargan su pesada carga por el suelo. Entonces no nos queda más remedio que agarrar con cariño cotidiano a nuestra mejor amiga, la pala, y ejercitar nuestros débiles brazos quitando a duras penas lo que cae del cielo sin descanso.

Vivir aquí es duro, aunque eso ya lo sabíamos antes de venir, así que no vale quejarse ahora. Pero nuestro pequeño problema es que tenemos una montaña que escalar, un Manaslu al que no vemos hace días, envueltos como estamos en esta tormenta que no cesa. Que nieva, pues bueno. Ahora bien, ésta es una montaña temible, que ya en condiciones secas es “curiosa” por lo de las avalanchas, así que cubierta como está a rebosar de nieve fresca, la tentativa se me antoja poco menos que imposible, por lo menos por el momento.

Jorge Egocheaga y yo somos, junto con Denis Urubko y su taciturno colega Sergei Samoilev, los únicos que trabajamos en la ruta. Entre nuestros compañeros de campo base hay auténticos y desvergonzados “caraduras”, pero todavía no ha llegado la sangre al río. El pasado Domingo de Ramos, mientras abría huella a 6.000 metros en una nieve que me llegaba hasta los muslos, pensaba en el bigotudo francés Georges Brassens, que escribió una canción bastante interesante sobre las tormentas. En ella al protagonista se le “despista” la novia con alguno que pasaba por ahí mientras el pobre hombre instalaba pararrayos, cual verdadero profesional. Espero no dar ideas a nadie. Pero como tormenta de verdad, sin concesiones, como siempre ninguna como la de el flaco y desaliñado profeta, Bob Dylan; “Intenta imaginar un lugar donde siempre estés seguro y caliente, ¡ven!, me dijo ella, yo te refugiaré de la tormenta”. ¿Lo harás?.

Los británicos, cinco de ellos, dejaron la piel en el intento de llegar al polo sur, y alguien, que encontró sus cuerpos unos meses después congelados en una tienda, grabó en sus tumbas unos versos del Ulysses, de Tennysson; “Buscar, luchar, encontrar, y no rendirse jamás”. Nosotros esperamos sin duda correr mejor suerte que los desdichados ingleses. Pero por lo menos yo prefiero rendirme y no cascar que lo contrario. Cuestión de gustos.

Mientras tanto, afuera ruge nuestra tormenta, sin cesar. Qué magnífico despliegue de energía inagotable. Observo la nieve que cae y golpea con fuerza mi tienda. No hay nada que yo pueda hacer, o decir. Permanezco mudo e inmóvil mientras contemplo la belleza infinita, en estado puro, que me rodea. Por un instante creo que me he vuelto transparente, creo que ya no estoy aquí. ¿He subido ya al Manaslu? ¿No? De igual manera me sobra todo, y sólo me faltas tú..

Iñaki Ochoa de Olza.

LA MONTAÑA PALANGANA

jueves, 27 abril 2006

A veces tengo la sensación de que en Occidente caminamos sonámbulos, anestesiados entre tanto confort y bienestar. Me parece que malgastamos sin percatarnos de ello una existencia que damos por supuesta, por garantizada, hasta que llega una situación crítica, como un cáncer o un accidente, que nos devuelve bruscamente y sin compasión a la realidad. Sin creérmelo más que nadie, tengo la fortuna de que desde muy joven el Himalaya se encargó de ordenar mis prioridades, en una especie de despertar al estilo zen, que me hace ser consciente, cuidadoso y feliz de cada uno de los pasos que doy y de todas de las empresas que asumo. Aquí en el Manaslu lleva 15 días sin dejar de nevar. Es peligroso, claro. No necesito justificarme, pero he visto en muchas ocasiones el dolor que las ausencias de quienes se quedaron en las montañas provocan. Pienso por un momento que tetré que redoblar mis cuidados.

“Mira Iñaki, subieron del valle los pajarinos “. La voz de profundo acento asturiano de Jorge Egocheaga me saca de mis ensoñaciones. Sé lo que Jorge quiere decirme. Él, un buen ejemplar de pajarino en sí mismo, se refiere a que quizás la llegada de la primavera y del calor a los valles haya empujado a estos pequeños gorriones, o lo que sean, hasta estas alturas sin perdón. Es el primer día que les vemos, por lo que pensamos que quizás sea un síntoma de que el tiempo cambia finalmente. Efectivamente, por la noche podemos ver por vez primera las estrellas del cielo del Manaslu. Qué bellas son; nos entretenemos tras la cena mirándolas con pasión, tiritando. La noche clara y franca nos sirve de acicate y al día siguiente recorreremos por enésima vez, y en apenas dos horas, el camino hasta el campo 1. Al llegar allí nos espera una sorpresa. ¿Dónde están las tiendas? Había tres, pero apenas se vislumbra el techo de una de ellas. Las otras dos, de metro y pico de altura, están completamente sepultadas. Nos harán falta 3 horas de cuidadoso paleo para despejarlas, y después aún deberemos tallar nuevas plataformas antes de instalarnos a dormir. Nuestra intención es seguir abriendo ruta al día siguiente, el pasado sábado, pero nuestros deseos y el Himalaya llevan este año caminos separados.

Por la mañana, nuestras nubes cotidianas han vuelto y tienen ganas de revancha. Denis y Sergei tiran para arriba, a pesar del mal tiempo y de la nevada. El “nivel de riesgo aceptable” de estos dos debe ser diferente al mío. Me doy la vuelta cuando comprendo que las condiciones se parecen peligrosamente mucho a las que el año pasado me hicieron llevarme un buen “viaje” en el modesto y bello Shisha Pangma. La nieve nos llega a los muslos, el tiempo se cierra y se pone a nevar mientras amenazantes torres de hielo, seracs, contemplan nuestro paso indiferentes, quién sabe si van a decidir caerse ahora o dentro de diez años.. Para abajo Iñaki, que así no hay manera. Manaslu, eres el mayor y más bello estercolero. Eres como una palangana inmensa a la que le cae todo, todo. Aún así, todavía me gustas. Un poco, pero no apures mucho tu suerte.

Allí en Pamplona, mientras tanto, me dicen que en un convento de monjas carmelitas del barrio de San Juan se leen mis crónicas con fruición. Me gustaría, pues, saludar cariñosamente a las hermanas, y también pedirles un favor. Ignoro si rezan por mis escaladas. Si lo hacen, me gustaría que lo dejaran inmediatamente, puesto que algo falla en el invento. Y si no lo hacen, pues podrían empezar cuanto antes, por favor. Así como con cierta premura, que aquí no hay quién viva.

Iñaki Ochoa de Olza.

QUERIDA MADRE

jueves, 4 mayo 2006

Querida madre,

Ayer subí al Manaslu.

Arriba hacía viento. Yo tenía mucho frío, bien repartido; en las manos, en los pies, en la nariz y en las orejas. Se veía bonito el mundo, mami, desde allí arriba. Las montañas del Tíbet, algunas nevadas y otras ocres, parecían pintadas en un cuadro. El cielo tenía un color azul oscuro, porque allá arriba ya casi no hay oxígeno y además también podíamos ver la curvatura de la Tierra, o al menos nos la imaginábamos bastante bien. Este Manaslu que tan buena paliza nos ha dado no es una montaña difícil, pero tiene su peligro, y bastante mal carácter. La cima es una arista afilada de nieve que acaba en un torreón de roca, pero antes hay otras tres antecimas que te vuelven un poco loco, haciéndote concebir esperanzas de que vas a dejar de sufrir. Como siempre, la última es la buena. Ahora, de vuelta en el campo base, estoy muy contento, claro, y me gustaría mandaros a través de los vientos de Asia muchos recuerdos y besos, a ti y al padre. Me disculparás que allí en la cumbre pensara un poco más en mi Corinne que en vosotros, ya sabes que los hijos somos algo injustos...

Arriba nada había que yo pudiera hacer o decir. Una amplia sonrisa iluminaba mi rostro, y permanecí mudo e inmóvil mientras contemplaba la belleza infinita, en estado puro, que me rodeaba. Por un instante creí que me había vuelto transparente, creí que ya no estaba allí. Entonces me sobró todo y ya no necesité razones. Miré a los Annapurnas y al Dhaulagiri, y pensé por un momento que quizás las montañas sean mi penitencia, que quizás sólo pueda cicatrizar mis heridas cuando las haya recorrido todas, una por una. Pero tú no te preocupes, ya sabes que siempre pongo cuidado en lo que hago.

Jorge Egocheaga, mi increíble y fortísimo amigo asturiano y yo tuvimos la feliz idea de ser los primeros en subir al Manaslu deprisa. Habíamos salido sólo 28 horas antes de pisar la cima, con toda la ilusión del mundo, desde nuestro pequeño e incómodo campo base. El tiempo era bueno, por fin. Se nos unió, como hace un par de años en el K2, el rumano Horia Colibasanu, otro que tampoco anda mal, y decidimos utilizar ese estilo express que ya sabes que me gusta, y que nos permitió volver al campo base el mismo día de cumbre por la noche. Muy cansados, con tos, con dolores por todos los lados. Sin un gramo de gasolina en el depósito, y muy flaquitos, pero con el alma plena, de recuerdos y de nuevas energías. Me hubiera gustado que estuvieras allí, para cuidarme, aunque Mingma Dorji y los demás se esmeran lo suyo.

Es un bicho grande y malo el Manaslu, mamá, cuando se es un profesional del Himalaya (lo que sea que esto sea). Pero esos valles profundos que bajan desde los Himalayas hacia el sur, y que yo contemplé desde la cumbre, han dejado huellas igualmente insondables en mi alma. Y tú ya sabes, mamá, que el modo como afronto cada uno de mis días determina como me enfrento con mi vida. Así que sólo espero que mi camino esté lleno de amigos como Jorge, Denis y Horia, y que haya muchas montañas como el Manaslu esperándome a su vez para sacudirme una buena paliza. Mientras tanto, tienes que saber que te quiero, lo mismo que al padre, y que cuando ando por allí arriba siempre os llevo donde más calor hace, cerca del corazón. Volveré pronto, tu hijo Iñaki.

Ps, Me gustaría dedicar esta ascensión a mi tío José María Ochoa de Olza Sanz, que nos dejó hace nos meses. Era muy buen tío.

Iñaki Ochoa de Olza.

TU ESPÍRITU Y MIS HUELLAS

jueves, 11 mayo 2006

Jorge y yo descendemos del campo base del Manaslu envueltos en la niebla, y los rugidos de algún trueno todavía lejano nos hacen apresurar el paso para llegar al valle antes de que comience una nueva tormenta. Hace 4 semanas que vivimos bajo un trozo de tela colocado precariamente sobre la nieve. Hace muchos días que no sentimos el olor de la tierra, la hierba o las flores, y también ya ha pasado demasiado tiempo desde que no tenemos calor de ninguna clase a ninguna hora del día. Jorge, que marcha delante, equivoca el camino por un instante, pero yo me doy cuenta y corrijo sin alardear de ello. Este hombre, el himalayista más fuerte que conozco, y que acaba de escalar sin aspavientos mediáticos su sexta montaña superior a 8.000 metros (3 en los últimos 9 meses), está tranquilo y feliz desde que hemos subido a la cumbre de ésta morada de espíritus, pues nada más que eso quiere decir, en sánscrito, Manaslu. Aunque ambos sabemos por experiencia que el vacío que deja cualquier sueño después de ser realizado tiene a veces un efecto depresivo y melancólico, por fortuna no es esta una de tales ocasiones.

Hemos pisado la cumbre cuando ya sólo nosotros mismos apostábamos todavía por ello, cuando todos los signos celestiales estaban en nuestra contra y cuando, perdida ya la esperanza, eran sólo la rabia y la fe las que movían nuestras piernas. La montaña se descuidó por un momento y para cuando ha querido enterarse ya era tarde. Tendremos que reconocer que nuestro feliz atrevimiento ha dado buenos frutos y, de cualquier modo, seguro que en la vida hemos hecho cosas peores que escalar un ochomil "a traición". Que nadie nos lo tenga en cuenta, por favor.

Cuando alcanzamos la cima, hace diez días, aún quedaban en la nieve, señaladas levemente, las trazas de la ascensión de nuestros amigos Denis y Sergei. Ahora, allá arriba se pueden ver, o quizás apenas sutilmente apreciar, las marcas que nuestros crampones arañaron en la nieve dura. Así pues se puede decir que el Manaslu y nosotros hemos hecho un amigable intercambio de huellas. Él, la casa de los espíritus, perdurará para siempre grabado en nuestras almas, a fuego de esfuerzo, sudor y blanco infierno. Mientras tanto, en el inalterable espíritu del gigante quedarán por poco tiempo esas leves trazas, vestigios fugaces de nuestro tránsito forzoso e inevitable, tan necesario como catártico. Por un momento, al volver la cabeza y ver la cara tormentosa de nuestra montaña, casi le pedimos perdón por el ascenso. Pero luego nos lo pensamos mejor y seguimos corriendo hacia la vida.

Llegamos a Sama, el pueblo, cuando comienza a llover. Es mágica la lluvia, y se me antoja todavía más bella que la propia cumbre. El agua fría baja por mi cara y me redime, me libera, me conforta. Sólo el miedo a los rayos nos hace apresurar el paso. De la tierra se levanta un olor familiar y húmedo, un aroma plagado de memorias ya lejanas. Una vez más hemos sobrevivido, después de acercarnos voluntariamente hasta esa última frontera donde el hombre ya sólo es eso y nada más, hombre.

Agacho la cabeza para pasar por la puerta del albergue, y la sonrisa del dueño y su sincero apretón de manos me relajan tras la carrera. Estoy cansado, tengo hambre. Creo que hoy voy a dormir bien. Será el mío un sueño profundo y liberador, rodeado de espíritus de montañas y de huellas en la nieve. Podemos volver a vivir.

Iñaki Ochoa de Olza.

POCAS BROMAS

jueves, 18 mayo 2006

Después de una expedición como la que Jorge Egocheaga y yo acabamos de realizar en el peligroso y esquivo Manaslu se te queda el cuerpo como para pocas bromas. Un cansancio pegajoso y pertinaz como una sequía cualquiera se apodera de tí, sin que puedas hacer mucho por asustarlo ni por alejarlo de tí. Es un malestar que no se cura con una noche de sueño, que se enrosca en cada uno de tus sistemas y se queda a vivir contigo por una temporada. La única solución que conozco es dejarle estar en paz, darle bien de comer y de dormir, y encontrar refugio en pecho ajeno, si ello es posible. En esta ocasión, además, han sido necesarios kilos y kilos de ensalada, media docena de helados y unas cuantas siestas al sol, tirado sobre la hierba, para volver a encontrar algo de vigor en mis ahora delgados músculos. Y a todo esto precisamente es a lo que me he dedicado en los últimos diez días; a dejar que mi sangre pierda algo de esa aclimatación tan duramente ganada, y a dar algo de descanso a mis pulmones, que ya no se quejan en forma de tos cada vez que me muevo. He salido a correr a menudo, para no perder el tono muscular. Finalmente, he dejado vía libre para que las fuerzas retornen poco a poco al corazón, el lugar donde nacen los sueños. Y las energías que mi espíritu ha ganado en el Manaslu me han devuelto poco a poco las ganas de volver a sufrir, a caminar, a escalar, a buscar esas islas que brillan cerca del cielo, pues eso y nada más son las montañas.

Y ahora viene nada menos que el Dhaulagiri. Bueno, en realidad no viene él sino que soy yo el que voy en su busca. Afortunadamente no ha llegado a tanto la tecnología, al menos de momento, y todavía hay que venirse hasta Nepal para intentar escalarlo. ¿Dhula...qué? ahhh, claro hombre, aquella montaña a la que una docena de navarros con recia camisa de cuadros y botas de cuero (de vino, por supuesto), acompañados de cuatro catalanes y unos cuantos sherpas nepalíes se subieron un doce de mayo de 1979 sin pensar bien en lo que hacían pero con estilo y soltura. Yo también quiero subirme hasta su cima, a ver qué se ve. No me refiero al paisaje, yo lo que quiero es ver dentro de mí. El año pasado me quedé cerca de ello, pero si lo que pretendes es llegar a la cumbre cerca no cuenta. Este año mi forma física es de nuevo perfecta, modestia aparte, mi aclimatación adecuada tras haberme encaramado al Manaslu hace un par de semanas, y conservo intacta la misma ilusión de un niño que va al circo. Escalaré en autonomía completa y mi único estatuto será no utilizar sherpas de altura ni oxígeno embotellado. Y subir rapidito y bajar de una pieza.

Decía Dylan, el profeta, que "detrás de cada belleza se esconde algún tipo de dolor". Vaya con Bobby, creo que todavía no ha subido ningún ochomil, pero parece que los hubiera escalado todos, un par de veces al menos. Después de intentar 13 de los 14 ochomiles puedo asegurar que el Dhaulagiri está, junto al K2 y al Nanga Parbat, en el pódium de belleza salvaje. Lo del dolor lo comprobaré pronto, pero espero que sea algo temporal. Como el hierro templándose en el fuego y en el agua, espero salir pronto de la forja y volver con los míos. Mañana o pasado llego al campo base, y no me perdería fácilmente lo que pase en las próximas dos semanas. Lo digo en serio, que no está la cosa como para bromas.

Ps, Gracias a todos por las enhorabuenas, a Lorpen y a Diario de Navarra por creer en mí, y a tí por refugiarme, darme de comer y por tu amor.

Iñaki Ochoa de Olza.

UN AMOR IMPOSIBLE

jueves, 25 mayo 2006

Me hundo en la nieve hasta los muslos. Estoy solo, aunque unas horas por detrás vienen mis amigos Mingma Dorji y su tío Temba, que han estado con nosotros en el Manaslu y ahora acarrear los 50 kilos de material y comida que me han de servir en mi próxima escalada al Dhaulagiri. Yo mismo llevo una hermosa mochila, de casi 20 kilos. Avanzo a duras penas mientras intento alcanzar el collado Thapa, el primero de los dos superiores a 5.000 metros de altura que he de atravesar si quiero instalarme en el campo base del Dhaulagiri. No es una nieve decente, ésta que tan generosamente me rodea y abraza. Es húmeda y carece de consistencia, y a esta altitud el avance es mínimo, se convierte en una pesada agonía. Estoy relativamente lejos del campo base, a unas 5 horas. Las nubes me rodean y nieva con ciertas ganas, aunque sólo 300 metros más abajo era lluvia lo que caía. No hay traza alguna porque esta primavera, debido a los problemas políticos de Nepal, apenas ningún trekking se ha aventurado por aquí, así que para orientarme recurro a los puntos grabados en mi GPS el año pasado.

Decidí hace unos días subir andando al campo base, evitando el helicóptero. Con ello quería recuperar mis sensaciones al caminar, volver a sentir el sol, el viento y el salado sabor del sudor en mi cara. Pero no esperaba esto. Las condiciones y el tiempo atmosférico son detestables. En el valle no ha parado de llover, un agua que cae a chorros y tiene toda la pinta de ser el monzón que ya está por aquí. Por otra parte mi plan ha sufrido un serio varapalo cuando las demás expediciones (grupo de Carlos Puner, catellano-leoneses...) han decidido cancelar sus intentos, debido al mal tiempo y a las malas condiciones de la nieve en la travesía bajo la cumbre. Mis amigos italianos Romano Benet y Nives Meroi sí que han subido a la cumbre el pasado día 17, el día que yo salía de Katmandú, por la ruta directa de la arista, utilizando la cuerda y esquivando los rayos. Los otros grupos, iraníes, holandeses y húngaros también se han ido. Yo había apostado por estar en compañía, pero me he quedado solo. Y la escalada en solitario en el Himalaya requiere de un estado mental, muerte o gloria, que yo ahora no poseo. Además el Dhaulagiri es una montaña poco adecuada para ir solo, puesto que la primera parte tiene muchas grietas y no me apetece particularmente conocer el fondo de ninguna de ellas.

Me siento en la nieve, justo debajo del collado, a pensar. Está bien eso de pensar, de hecho yo le dedico todos los días un *ratito*. Por si el mal tiempo y la soledad no fueran suficientes, con toda esta nieve poca cosa podría yo hacer, incluso en compañía. Oigo el sonido de un trueno, que me devuelve a la cruda realidad de este amor imposible, de esta escalada al Dhaulagiri que no va ni siquiera a arrancar. Según están las cosas no tengo más opción que retirarme con humildad, recuperar la energía y utilizar mi imaginación para volver otro día. Uno que no caigan rayos, como hoy.

Enredado en una profunda tristeza deshago mis pasos con presteza. Ni siquiera he llegado al campo base. Dice un proverbio árabe "Si eres martillo, golpea. Si eres yunque, aguanta". En el Manaslu fuimos un buen martillo, pero ahora me toca recibir. Himalaya; eres bello y también eres cruel, pero me sigues gustando. Sin duda has de saber que quiero volver a tu lado pronto, a contemplar de cerca esos abismos del cielo que son el precio de mi plenitud.

Ps; La próxima cita de NAVARRA 8000 es este próximo otoño, probablemente en el Shisha Pangma. Hasta entonces, muchas gracias a todos, especialmente a Lorpen y Diario de Navarra.

Iñaki Ochoa de Olza.

LOS PLANES PARA 2007

Dhaulagiri y Annapurna, la mirada

cristalina.

viernes, 9 de marzo de 2007

El invierno, este triste invierno, de 2006-2007 ha conseguido algo que a priori ni los más sesudos eruditos conseguirían explicar; irse sin haber siquiera llegado. No sabemos cómo pero todavía esperamos que nieve, que se pueda esquiar en Aralar, que se formen las cascadas de hielo que pillen más cerca que Noruega, que el frío apriete sin compasión. Nada de eso ha sucedido y sin embargo algunos de nosotros hemos seguido haciendo lo mismo de siempre, con la misma ilusión de siempre. Hemos subido a las montañas sin mirar a las praderas de hierba a 2.800 metros de altura, sin hacer caso de los termómetros que marcaban dígitos dobles sobre cero. Seguro que tales aparatos saben mucho menos que nosotros de la pasión cierta y verdadera que consume y que regala energía, que da vida a quién la prueba, la pasión por las montañas. No, mejor no quejarse. El invierno ha sido eso y no lo podemos cambiar. Pero resulta inevitable olvidarse de él sin echar la vista atrás demasiado. Sobre todo si uno está a punto de subirse a un avión con destino a Nepal. Otra vez..

La escalada solitaria y express al Shisha Pangma, abriendo además una nueva vía, (o ruta, rutaza, rutita, variante o variantita, elijan ustedes la que crean más conveniente) fue con diferencia la mejor escalada de mi vida, eso es una verdad de Perogrullo. El hombre que a duras penas bajó de aquél monte era un espectro que tenía poco que ver con el que salió sólo un día antes del campo base. Consumido como estaba hasta extremos hasta por mí insospechados, sobre todo mentalmente, la recuperación se iba a alargar durante al menos un mes completo. Me ayudó, además de la gente que me quiere, una especie de fuego que todavía me quema por algún sitio profundo, sin atenuarse con el paso de los años, y que enseguida me empezó a hacer soñar con las montañas salvajes del Himalaya,. Me voy a montar en el avión que me lleve a Nepal con la ilusión intacta, después de tantos años.

Recibí cientos de sinceras felicitaciones tras el éxito otoñal. Las agradecí de corazón. Pero casi todo el mundo repetía la misma frase., con una alegre sonrisa como acompañamiento: " ¡Ya sólo te quedan tres!". ¡Pero si a mí me pone muy triste que sólo me queden tres!, pensaba yo presa de cierta desazón, a sabiendas de que no es cierto. Y además, qué montañas. Hay tajo de sobra, que no se preocupe nadie, el empeño puede requerir de bastante tiempo y de algunas intentonas. Por lo tanto, el menú de mis próximas escaladas es succulento y no ceo que me deje insatisfecho o hambriento. Como entrante, vamos a pasar el mes de abril en el Dhaulagiri,viejo conocido, aunque si las condiciones no son buenas tendremos que quedarnos allí lo que se tercié. En mayo y como segundo plato nos iremos caminando hasta el cercano Annapurna, el primer ochomil conquistado y estadísticamente el más peligroso, que yo no he intentado nunca. Y reservaremos para postre, sin fecha concreta de momento, el Kanchenjunga, la montaña en la que pienso todos los días desde la primavera de 1990, la única montala de entre las grandes a la que amo tanto que paradójicamente no me importaría no escalarla jamás.

En el Dahula serán de la partida viejos conocidos, todos buenos amigos; el asturiano Jorge Egocheaga, los navarros Oscar Fernández e Ignacio Barrio, el rumano Horia Colibasanu, el norteamericano Joby Ogwyn y la suiza Joelle Brupbacher. Nuestra idea está clara; disfrutar de la montaña, de los amigos y de al vida. Sin trucos y sin trampas, como hacemos siempre que podemos. Se trata por cierto de un grupo muy fuerte. Joby y Jorge son dos de los alpinistas

más rápidos que he visto jamás, y Jorge es en particular el más duro de todos los rusos y kazajos, sin duda. Entre todos sumamos más de 30 ochomiles, lo que no nos servirá de mucho, quizás, pero aporta serenidad y experiencia en un cierto modo de hacer las cosas.

En el baile del Annapurna ha sido más difícil encontrar pareja, debe ser que tiene mala fama la moza.. Pero aún así, Horia, Joelle y un servidor nos iremos hacia allí con ganas y sin miedo, pensando que sin duda ha de existir vida alpinística en una montaña de tales dimensiones. Allí se nos unirá, procedente de su propio intento al Shisha Pangma, el australiano Andrew Lock, viejo conocido que acumula 11 ochomiles.

Desde el próximo 26 de marzo, día de la partida, espero poder contarles en esta web y en las páginas de Diario de Navarra cómo nos va, qué sentimos, aprendemos. O al menos qué se ve desde arriba. Les invito a seguir nuestros pasos con calma, y mientras tanto espero ser capaz de transmitir parte de la fuerza y la belleza que estas montañas poseen.

Así que nuestras espíritus se abren ya paso en las nieves profundas y sagradas del valle del río Kali Gandaki, en un lugar tan bello que mis intentos de describirlo serán sin duda vanos e inútiles. Ya sólo queda que nuestros cuerpos se reúnan con aquellos, en un proceso natural que hará que nuestros demonios interiores sean, una vez más, exorcizados, en ese baile salvaje y vital que es la escalada en el Himalaya. De nuevo, volveremos a casa destruidos físicamente, pero quizás renacidos, con una mirada diferente, cristalina, que dice a las claras y sin tapujos; “ he estado en un lugar especial y único. Y he vuelto para contártelo”.

PS He de agradecer tanto a tantas personas que seguro que me olvido de alguien si empiezo. Pero es de justicia que me acuerde de dar las más sinceras gracias a los dos Jorges, a David, a José Martín y Koldo, al otro Koldo y a Pasang (mi joven profesor de nepalí), por su amistad sin condiciones. La misma que me regalan Patxi, Ignacio, Oscar y Angel, y Mikel y Carlos, infatigables compañeros de entrenos o escaladas o bocadillos en el bar de Adrián, otro que tal baila. A Peio y Juli, y Onditz e Idoia, por su amor. A Josetxo, por escribir de mí con tal cariño. A **DIARIO DE NAVARRA** y **LORPEN**, por seguir confiando en mí y en NAVARRA 8000. A mi familia, a mi fiel y paciente Ulises, a mi pequeña Lidia y a mi pequeño Martín. Y a todos los que me seguís o me escucháis en mis conferencias, por supuesto. Y a ti, Corinne, por no perder ni la fe ni el valor y traerme de vuelta tras mi travesía del océano solitario. A todos, gracias de corazón.

Iñaki Ochoa de Olza.

LA MIRADA DE CRISTAL

Jueves, 5 de abril de 2007

El avión desciende suavemente, por una vez. Ha encontrado sin problemas, y no es nada fácil, el único hueco que da acceso a este valle rodeado de colinas donde se asienta Kathmandu, esta ciudad sucia y ruidosa que se ha convertido en mi segundo hogar. Ya no me siento extraño cuando me muevo de prisa por los callejones del barrio turístico, corriendo como loco mientras realizamos las mil y una gestiones necesarias para preparar nuestra próxima expedición al Dhaulagiri y, en caso de que todo salga bien allí, también al Annapurna. Nada me es ajeno ya, en este ambiente. Durante el vuelo me he entretenido contando, papel en mano, el número de veces que he aterrizado en el Reino de Nepal. No me sorprende la cifra resultante: han sido 29 ocasiones.

Mis amigos sherpas me dicen, nada más aterrizar, que aquí el invierno ha sido de los buenos, Nada que ver con el que nos ha tocado a nosotros en casa. La nieve se acumula arriba en las montañas, lo que no sabemos si es bueno o malo. Pero como es un hecho que tiene toda la pinta de ser irrefutable, pues más vale no preocuparse por ello. En la ciudad ha nevado otra vez después de 62 años sin hacerlo, y eso que Kathmandu está situada solamente a 1.300 metros de altitud, sí, pero a la misma latitud que las Islas Canarias. Mas nos vale.

En el avión, a mi lado, viajaban Oscar Fernández e Ignacio Barrio. En sus caras veo la mía, reflejada como en un espejo. Esperamos reunirnos cuanto antes con Joby Ogwyn, Joelle Brupbacher, Horia Colibasanu y Jorge Egocheaga, los demás miembros de nuestra expedición. Oscar e Ignacio se han preparado con espartana dureza para nuestra escalada, y ambos han puesto toda la ilusión y la imaginación de la que disponen para que ahora estemos aquí, de nuevo bajo el Himalaya. Y también todos sus ahorros. Nuestros últimos días en Pamplona han resultado ser la locura habitual, rodeados del infame estrés emocional, conocido y temido, de las despedidas. Y asimismo los nuestros sufrían sin duda la mirada ausente y vacía de quien tiene el alma ya en camino, en algún lugar lejano.

De manera que nuestros espíritus se abren ya paso por las nieves profundas y sagradas de las dos grandes montañas que rodean el valle del Kali Gandaki, en un lugar tan bello que mis intentos por describirlo serán sin duda vanos e inútiles. Ahora solo queda que nuestros cuerpos se reúnan con sus almas vagabundas, en un proceso que para nosotros es cíclico y, a estas alturas de la jugada, natural. Pronto nuestros demonios serán exorcizados una vez más, caerán rendidos y sin fuerzas, perdidos en medio de ese baile salvaje que es la escalada en el Himalaya. De nuevo, volveremos a casa destruidos físicamente, quizás, pero sin duda renacidos. En nuestros ojos brillará una mirada diferente, de cristal, que dice a las claras y sin tapujos: "He estado en un lugar especial. Y he vuelto para contártelo."

PS De nuevo debo agradecer de corazón a LORPEN y a DIARIO DE NAVARRA su apoyo incondicional. Me han demostrado que saben estar a mi lado por igual cuando llueve o cuando hace sol, sin presionarme en lo más mínimo, siempre con las palabras justas a mano. Gracias.

Al resto de mis amigos y colaboradores, más de lo mismo. Las gentes de CampoBase y de Rocopolis, de Montura y de Tuckland hacen que me sienta valorado y apoyado.

Me gustaría mandar un abrazo especial a mi joven amigo y profesor de Nepali durante el pasado invierno, un chico Sherpa que vive cerca de Pamplona y se llama Pasang. Y a ti, Corinne, te mando un beso. Solo te puedo decir que espero estar muy pronto a tu lado, devolviéndote toda esa energía que mi ausencia te roba....

TODOS MIRANDO

Jueves, 19 de abril de 2007

El viento nos sacude con una fuerza tal que por un momento se me antoja desproporcionada o incluso injusta, como si Jorge o yo le hubiéramos otorgado un permiso o una confianza que desde luego pretendemos firmemente que no posea. Pero a él le da igual, aparentemente, y sigue soplando con furia hasta los 6.800 metros de altura. A partir de ahí nos escondemos, pensamos que hábilmente, detrás de la propia arista que estamos escalando. Ambos progresamos atados por una cuerda, fiando nuestra salud y presunta integridad a las cuatro pequeñas puntas de nuestros *piolets* y *crampones*, uno en cada pie y mano. “Aquí arriba está todo helado”, le digo a Jorge, “creo que si no llega a ser por las piquetas estas que llevamos en las manos y por los pinchos de los pies, igual ni subimos”. Es una vieja broma de escaladores de hielo. La jornada está resultando una magnífica y dura escalada, sólo nosotros dos aquí arriba. Hemos tenido que defendernos del frío constantemente, parándonos a calentar pies y manos cada poco rato. Jorge escala un paso de hielo bastante vertical, con la eficacia propia que quién tiene ingenio de sobra y nada que demostrar al mundo.

Me imagino viéndole progresar sin esfuerzo aparente que Jorge posee esa clase de grandeza que no se compra en las tiendas. Ese mismo talento, dicho sea de paso, que demuestran, por ejemplo, mis admirados *BARRICADA*, que el otro día y como quién no quiere la cosa celebraron sus 25 añitos de nada ofreciendo un concierto de tres horas y media y 54 canciones... en una de esas escasas ocasiones en las que a uno le gustaría teletransportarse en el tiempo y en el espacio por una vez y abandonar nieves y alturas para sumergirse en la masa. Se os saluda, desde este rincón de Asia.

Vuelvo a mi escalada, y a mis manos insensibles, y a este abismo sin fondo aparente que me envuelve. A veces albergó la sospecha de que mi amigo Jorge y yo no somos los tipos más listos del mundo, si por ser listo, aquí en el Himalaya, se entiende dejar que sean los demás los que *curren*. Mientras algunos miembros de otras expediciones se *escaquean*, se quedan todos mirando, o lo que es peor, haciendo como que miran, nosotros hemos cogido las cuerdas y el material y hemos abrazado el esfuerzo con ganas. Ese mismo esfuerzo es el que provoca en nuestros cuerpos la mutación necesaria para la posterior escalada hacia la cumbre, la metamorfosis llamada aclimatación, que suele ser más una penitencia que ningún placer. Pero ayer no fue así sino más bien al contrario, disfrutamos sin medida en el que era para ambos solamente nuestro octavo día de presencia en la montaña. Un día por detrás, también Oscar e Ignacio fuerzan sus cuerpos hasta donde pueden, ganando por su parte su derecho a adentrarse en este territorio hostil y sin perdón que es el Himalaya.

Cuando llegamos al campo base, después de cuatro días en la montaña, tenemos hambre de lobos. Alguien nos recuerda que nuestra velocidad de ascenso va directamente contra lo que los médicos recomiendan. Hemos superado los 7.100 metros de altitud a toda velocidad, y hay a quién no le gusta. El propio Jorge es médico, y se lo digo con sorna, sonriendo; “Los médicos no deberían escalar, es cosa de locos”.

Ahora dejemos que nuestros cuerpos descansen al menos durante un par de días. Y que vengan días propicios, de frío y viento, que aceptaremos la pelea de buen grado. Y si alguien se queda mirando....

Iñaki Ochoa de Olza.

LA CHICA DEL SUR

Jueves, 26 de abril de 2007

Una vez conocí a una chica de Birmingham, Alabama, más o menos de donde Forrest Gump. Era una persona dulce y sensible, y sin duda merecía la pena. Se llamaba Rachel. Además de hacerme el mejor retrato fotográfico que nadie me haya jamás realizado, capaz de engañar a la propia realidad, de vez en cuando me daba también buenos consejos. Como en aquella ocasión en la que, mientras comenzaba a llover de camino al Manaslu, en Nepal, ella me miró con aquellos ojos insultantemente azules y me dijo: "Cuando huelas una tormenta y oigas el primer trueno, entonces corre como el viento." Y echó a correr, claro.

Me acuerdo de Rachel de repente, como de Santa Bárbara, cuando veo la nube negra y oscura que se dirige directamente hacia nosotros desde el corazón del río Kali Gandaki, ascendiendo sin esfuerzo por lugares donde yo ni siquiera podría soñar con poner mis pies y manos. Parece ser que va a nevar; esta tarde el tiempo está cambiando. Qué poco respeto tienen estas tormentas del Himalaya, nosotros que pensábamos ya en intentar la cumbre. Estamos en un lugar expuesto y desprotegido pero, discúlpenme, tenemos el culo pelado. No vamos a salir corriendo por un poquito de nieve, imagino que me comprenden. Sólo faltaba eso. Si la verdad es que, a fuerza de contacto y roce, nosotros somos ya al menos medio kazajos, o medio rusos. O algo peor, quién sabe.

Poco después, a media tarde, ya no está el ambiente para muchas bromas. Los copos han comenzado a caer mansamente, casi sin darnos cuenta. Las tiendas se encuentran colocadas en una ladera de nieve donde ni siquiera la providencia puede protegernos de eventuales pequeñas avalanchas, llamadas coladas, aunque la verdad es que no hay un sitio mejor. Más tarde llega también el viento, que nos hace acurrucarnos como conejos en nuestras madrigueras, cerrando todos los espacios y cremalleras posibles de modo que la nieve no encuentre entrada. Lo malo del asunto es que, además de la nieve, de ese modo tampoco se cuela el oxígeno, ese mismo gas que nuestros cuerpos ahora echan de menos sin remilgos. Antes de que anochezca la nieve cubre ya casi completamente la tienda que Jorge y yo compartimos, que se halla medio escarchada por mi lado, a punto de reventar. Me armo de valor, y de una pala, y salgo a trabajar durante una buena hora. Apenas un rato después la nieve lo vuelve a cubrir todo. Por la noche no hay quién pegue ojo. El tiempo apenas pasa mientras viajamos a través del miedo, el dolor, la desesperación y la duda. No son tan malos compañeros, si les haces comprender que les quieres, y que les conoces de otras veces. En la tienda de al lado, Horia vomita y a Joby le duele la cabeza. En la mía Jorge también asoma la cabeza de vez en cuando, y no por ver qué tiempo hace. Mi cabeza también duele.

Al final sobrevivimos, supongo que ya lo sabían. Al llegar al campo 1, en nuestro descenso, el sol vuelve a calentarnos con fuerza. Nos tiramos en la nieve y nos miramos, sin la fuerza de pronunciar unas palabras y sin querer aparecer derrotados o, peor todavía, asustados. Oscar me ofrece un trozo de salchichón. "Trae para aquí", le digo. "¿Pero tu no eras vegetariano?". "Si hombre, vegetariano pero no idiota.". Poco después descendemos de nuevo hacia el refugio del campo base. Mientras bajo, pienso en Rachel, la chica del sur, y le prometo mentalmente que la próxima vez que la vea venir, a la tormenta, correré con más ganas. Aunque a veces se me antoja que para escalar este Dhaulagiri seguro que hay que incumplir algunas promesas. Ahí afuera sigue nevando, pero hacemos como que no nos impresiona.

Iñaki Ochoa de Olza.

COMBATE CALLEJERO

Jueves, 03 de mayo de 2007

El ruido es constante y rítmico, de castañuelas, aunque me cuesta un buen rato percatarme de que el sonido procede de mis propios dientes, que bailan como mejor les parece. Hace horas que Jorge y yo descendemos, destreando cuidadosamente cada paso, asegurando cada movimiento con la fe de quién tiene todo que perder. Ahora somos como pecadores a las puertas del cielo, esperando que alguien mitigue nuestros sufrimientos, que algo suceda que atenúe nuestro dolor. Sólo nos mueve la esperanza más pura, porque hace horas que la fuerza nos abandonó.

La tormenta, que ya nos acompañó durante el ascenso, nos sacude de nuevo y con renovadas energías desde la media tarde, apenas un rato después de abandonar la cumbre. Allí disfrutamos de una pequeña tregua. Jorge y yo llegamos arriba separados por una hora, mientras el mundo nos contemplaba indiferente; un universo cristalino, frío y mineral, carente de sentimientos. Nunca me he sentido tan extraño en ninguna cima, tan forastero, tan fuera de lugar. Mientras Jorge llega, he hecho unas pocas fotos mecánicamente, sin entusiasmo. De nuevo soy el ser humano que se encuentra a mayor altitud, lo cual es una sensación ciertamente especial, aunque hoy me huelo que las cosas se van a torcer. El sol ya está bajo en el horizonte, y el retraso de mi amigo no presagia nada bueno. A escasos metros de la cumbre, el cuerpo seco y momificado de un alpinista alemán, que lleva allí 12 años, me recuerda de modo tajante mi absoluta impermanencia y paradójicamente me inspira un profundo sentimiento de paz y tranquilidad. Me siento a su lado y le hablo durante un rato. Después me apresuro en comenzar el descenso.

Comienza a oscurecer cuando llevamos un par de horas bajando, y entonces la tormenta adquiere un tono apocalíptico que carece de matrices. Nos trata como peleles, hace con nosotros exactamente lo que quiere. Nuestro descenso se convierte a partir de entonces en un combate callejero, en una pelea a vida o muerte. Hoy toca esconder el traje de poeta y sacar el disfraz de guerrero, hoy hay que pelear hasta ganar. Jorge es el alpinista más rápido y fuerte que conozco, aunque hoy lo está pasando mal y se rezaga sin remisión. Apenas nos distinguimos en la noche, y pronto me veo 100 metros por debajo de su posición, sin poder hacer nada por él. Cuando me detengo, siento como la vida se escapa de mi cuerpo por momentos, envueltos como estamos en un viento huracanado, despojados ya de dignidad o recursos. La última vez que he visto a Jorge, con luz del día y a unos 7.600 metros de altitud, venía acompañado de siete perros negros, que zascandileaban a su alrededor mientras él destrepaba. Ello me ha convencido de que mejor fiarme de lo que sé y no de lo que veo, al menos por esta noche.

Alcanzo mi tienda del campo 2, a 6.600 metros, a las 11 de la noche. Pero mi amigo Jorge no llega. Durante toda la noche le espero, en vela, y de vez en cuando grito su nombre. No tengo fuerzas de alejarme mucho en su busca. La tormenta no cesa hasta el día siguiente. La última vez que le he visto no estaba muy lejos del campo, pero no hay remedio; mi amigo no ha llegado y ahora creo que está muerto. Por la mañana soy consolado por el grupo de alpinistas aragoneses con quienes escala nuestro amigo Ricardo Valencia, por un par de alpinistas rusos, y también por la increíble Gerlinde Kantenbrunner. Me dan de beber y me aseguran que buscarán a Jorge en su propio camino hacia arriba. Yo me voy para abajo.

Cuando me falta poco para llegar al campo 1 me encuentro con Ignacio Barrio, que me dice que Jorge ha llegado al campo 1 de madrugada, tras haber sufrido una caída de 800 metros que le ha hecho *saltarse* el campo 2. Me siento en la nieve y unos gruesos lagrimones recorren mis mejillas congeladas. Son lágrimas por un amigo.

PEREGRINOS EN LA CIUDAD PROHIBIDA

jueves, 7 septiembre 2006

Paseo por las calles de la ciudad vieja sin pensar en nada, intentando por un momento empaparme de este ambiente mágico que todo lo envuelve. Estoy en Lhasa, la capital del Tibet, pero todo huele a China apenas un kilómetro más atrás... Las estrechas calles que rodean el Jhokang, el templo mas sagrado del país, están plagadas de peregrinos que caminan alrededor del templo a buen paso, en el sentido de las agujas del reloj. Mientras hacen girar sus molinillos de oraciones nuestras miradas se cruzan constantemente. Nos sonreímos y saludamos "Tashi Delek". Ancianos ajados, niños que apenas si saben andar, mujeres y hombres que han viajado en ocasiones durante un mes, desde todos los rincones del Tibet, para orar por su destino. Y por el de todos.

Apenas a un kilómetro de distancia en cualquier dirección, la vulgaridad china lo invade todo. Edificios acristalados gigantescos, almacenes de cualquier cosa, burdeles, suciedad, colillas y escupitajos. Los chinos han traído la modernidad al Tibet, ha llegado el ferrocarril, la telefonía móvil, los túneles y las carreteras asfaltadas. Pero, viendo a los que rezan dando vueltas y vueltas al templo sagrado, me pregunto si acaso ellos necesitan todo eso para nada. Sus espíritus, y sus cuerpos, han viajado desde muy lejos para impregnarse de la energía puramente espiritual que emana de estas calles y de estos recintos sagrados. Los chinos lo han intentado todo con ellos, violenta o pacíficamente, desde la anexión militar del país en 1949, pero apenas han conseguido nada. Cada tibetano, a pesar de su extrema y evidente pobreza de bienes materiales, sigue siendo poseedor de una riqueza que ni todos los ejércitos del mundo serian capaces de arrebatar: su Fe.

Ingenuamente, me gustaría parecerme a ellos por un momento y despojarme de mi disfraz de turista, en este viaje también aparentemente eterno que me trae de nuevo en peregrinaje a la tierra de las nieves. Me voy al Shisha Pangma, bellísima montaña, en compañía de algunos amigos. Nuestra fuerza y nuestros medios son escasos, pero esperamos calmar la desesperada necesidad de plenitud que nos trae por aquí cada poco tiempo. El Shish Pangma es el único ochomil situado enteramente en territorio de Tibet, y es uno de mis viejos conocidos. En 1.995 ascendí a su cima central, de 8.008 metros de altitud, y ahora mi intención es subir a la cima principal, solo 4 metros mas alta, que en aquel entonces deje de lado al ser menos alta y mas peligrosa que la "pequeña".

Durante las próximas semanas les presentare a mis compañeros y a "mi" montaña, y les contaré consin los que ganas nuestros avatares y alegrías. Como siempre, no puedo dejar de agradecer a LORPEN Y DIARIO DE NAVARRA su apoyo y confianza. Sin ellos, sin los que allí trabajan, esto sería una quimera, y sin embargo ahora todo es real. Déjenme enviar estas líneas por el ciberespacio tibetano, valga la contradicción, y permítanme largarme con viento fresco a unir mis pasos al de los otros peregrinos, para dar una última vuelta al templo sagrado. Mientras ellos oren, sus mantras y rezos me han de dejar pensando en esta tierra que me ha impresionado como ninguna otra desde la primera visita, hace ya 12 años, y que ha llenado mi espíritu siempre hasta los topes. Sin duda estas son gentes y montañas salvajes Y yo no se vivir sin ellas.

Iñaki Ochoa de Olza.

DESDE EL CORAZON DEL TIBET

jueves, 14 septiembre 2006

El viento barre sin piedad y con una furia cuyo origen desconozco la pradera eterna y desolada donde nos encontramos. Esta tierra es salvaje, ya lo he dicho muchas veces, y su belleza no es comparable con ninguna otra que yo conozca. El pasado día 8 instalamos nuestro campo base a 5.050 metros de altura. Hasta este lugar, todavía a 20 kilómetros de distancia de la montaña, hemos llegado en vehículos todo terreno en solo 4 días desde Lhasa, cómodamente sentados y sin sufrir el menor desgaste. Por eso mismo necesitamos volver a caminar, escalar, sentir frío y hambre de nuevo. Si no lo hacemos pronto nuestra alma e inevitablemente también nuestras piernas se van a anquilosar. Y eso es mucho peor que ningún viento, créanme.

Hemos pasado aquí los últimos 5 días, adaptando nuestros cuerpos a la desacostumbrada altitud, antes de cargar todo nuestro equipo a lomos de yak y trasladarnos hasta el pie del Shisha Pangma. Este, por su parte, parece no requerir de aclimatación o ceremonia particular para recibirnos, y nos espera allí al sur, bello e inmutable, disfrazado de blanco tras las generosas nevadas del monzón. En su base propiamente dicha instalaremos nuestro campo base definitivo, a la altura de 5.600 metros, cota en la que según los médicos la vida humana permanente no es posible. Leído así, en un libro, suena mal. Pero aun y todo, sin duda preferible al hastío, aburrimiento o arteriosclerosis cotidianos.

Nuestra expedición es a la vez simple y parca en medios, por elección propia. Somos tres personas de tres países diferentes; Corinne, Bob y yo mismo. Nuestra experiencia previa también es diversa. Pero nos une un deseo: a los tres nos gustaría pasear, por puro gusto, las suelas de nuestras botas por la cima de este "ochomil", aunque sea por un rato. Bueno, de hecho yo subí a una de sus cumbres hace ahora 11 años, pero la cima que yo escale entonces, conocida como "cima central", aunque si que supera los 8.000 metros, es apenas unos metros mas baja que la conocida como "cima principal", inferior en belleza y un poco mas peligrosa, pero mas alta y por lo tanto, según cronistas y estadísticos, la que "cuenta" para el asunto de los catorce ochomiles. No suelen venir mucho por aquí, de todas formas, los estudiosos estos.

He elegido volver a la cara norte, mas sencilla técnicamente, para poder saborear la montaña con mis amigos. Corinne Keller es suiza, mi novia dicho sea de paso, y no tiene mas ambición que disfrutar, sin preocuparse de la cima salvo que se ponga muy a tiro. Mi amigo estadounidense Bob Jen, por su parte, ya ha subido al Everest y al Cho Oyu, donde el fue cliente y yo guía. Ahora ya venimos como colegas. Bob, cuyos padres son inmigrantes chinos en los USA, era en su día corredor de fondo profesional, con una marca en maratón de 2 horas y 15 minutos. Ahora intenta aprender español, pero me parece que, con sus 52 kilos de peso, esta mucho mas dotado para la carrera a pie que para los idiomas. De momento le he enseñado a repetir "La vida puede ser maravillosa, Salinas". Pero se atasca cuando llega a "vida"...

Por la noche salgo a mirar las estrellas, si las hay, y dejo que el viento que nace en el corazón del Tibet enfríe mi piel. Ya era hora de estar aquí, otra vez en casa en las montañas de Asia. Por un momento me hallo presa de la ironía, y me digo para mis adentros lo mismo que hace unos días exclamaron con júbilo los grandísimos Faemino y Cansado en el teatro Gayarre de Pamplona: "Mejor estamos aquí que delinquiendo...". Si, bastante mejor..

Iñaki Ochoa de Olza.

EL ABRAZO DEL TEDIO

jueves, 28 septiembre 2006

La cosa no tiene remedio conocido. Tan pronto como uno se hace ilusiones, en el mismo momento en que comienzas a pensar que el asunto de subir a la cumbre tiene sin duda buena pinta, cuando todo parece de cara por una bendita vez, justo entonces la rueda de la fortuna decide dar un giro siniestro a los acontecimientos y derramar tus fantasías por el frío suelo del Himalaya. Nada grave, de todas formas, nada que no nos haya sucedido ya en innumerables ocasiones, y tampoco nada que nos pille de sorpresa, aunque nos deje inequívocamente y en cada ocasión un sabor algo amargo, el de la desilusión.

Así, esa montaña que se encontraba en condiciones espectacularmente buenas, consecuencia de un monzón muy seco, se ha visto ahora sacudida en la última semana por nevadas más que dignas,

aunque sin llegar de ningún modo a la exuberancia de las que sufrimos la pasada primavera en el Manaslu. Nos habíamos aclimatado decentemente, pero desde hace unos días esas precipitaciones que no cesan nos han obligado a replegarnos en el campo base, lugar donde cada uno de nosotros posee una tienda que es su casa, su templo y su palacio, quizás fiel reflejo de nuestras mismas propiedades occidentales. Durante esa última semana, el único ejercicio que hacemos es tirar de pala para apartar el blanco elemento que amenaza con tapar y destruir nuestras moradas temporales, aunque con el tema de la pala alguno se escaquee con un arte digno de ser estudiado. Además, en mi caso, me esfuerzo por realizar pequeños paseos cotidianos que alivien el bajón producido en la forma física, esa misma que fue ganada a pulso durante largos meses y que ahora decae víctima de las condiciones.

Nos ha abrazado un tedio impertinente y siempre "malvenido", poderoso y difícil de derrotar. De modo que una tibia melancolía recorre el campo base lentamente. El mismo base que Corinne, Bob y yo compartimos, para abaratar costes, con una expedición internacional, de una agencia que se llama "Project Himalaya", aunque en la montaña somos absolutamente independientes. Hay por aquí un danés, un austriaco, un surafricano y dos neozelandeses. Algunos leen cosas como el infumable bodrio de "El código Da Vinci", que no pienso ni oír. Hay quien se encierra en sí mismo, y otros se atracan a la hora de comer, aunque todavía nadie ha sacado el whisky. Cada uno tiene sus armas, pero yo tengo claro, después de mi experiencia extrema, solitaria e invernal en este mismo sitio el año pasado, que el tedio compartido es mucho menos tedio.

Ahora, como el año pasado, todas las noches asomo mi cabeza al frío de la noche himalayana, esperando que el guiño de alguna estrella me susurre al oído que la espera ha terminado. Estoy armado de paciencia y dispuesto a esperar semanas, si se tercia, pero mi problema es que mis anhelos no saben de paciencia ni medida. Nos espera, pronto, una pelea de las buenas, y no me la perdería por nada del mundo.

Iñaki Ochoa de Olza.

HASTA LUEGO, LUCAS

jueves, 21 septiembre 2006

Quizás se hayan pensado ustedes que la columna de hoy iba a glosar, de nuevo, la belleza infinita de los Himalayas y el carácter indómito y salvaje de las gentes que a su sombra viven. O quizás esperaban, de un modo ciertamente optimista, que yo les contara cómo nuestras botas han mordido ya la nieve por encima de los 6.500 metros, en ese duro proceso de aclimatación a la altitud que adapta, más o menos, nuestros cuerpos a lo que pronto se les viene encima. O al menos quisieran que les explicara paciente cómo el tiempo es cambiante pero las condiciones de la montaña no parecen demasiado malas.

Todo ello sería cierto, pero sería sólo una verdad a medias. Y no soy yo alguien que se maneje con soltura en los terrenos de las medias tintas, ni soy ducho en ocultar la suciedad debajo de la alfombra. Hablando de verdades, es una grande como un tempo el que a veces las expediciones al Himalaya acaban mal, muy mal, o, directamente, como el rosario de la aurora.

Aquí, en el Shisha Pangma, una buena parte de los cuarenta y pico escaladores presentes sufre como condenados a galeras, y algunos arriesgan su vida gratuitamente sin siquiera ser conscientes de ellos. Otros sólo esperan recurrir al oxígeno en botellas, trampeando así la altitud real de la montaña. Creo que aquí no pintan nada, a sabiendas de que puedo resultar arrogante o intolerante.

Mejor han hecho, sin duda, dos alpinistas miembros de otra expedición que han agarrado sus trastos y se han ido con la música a otra parte. Me los encontré desmontando una pequeña tienda que no habían llegado a utilizar, a 5.900 metros de altura, y vestidos con sendas gorras de béisbol y pantalones cortos. Arreglados pero informales. Me explicaron que preferían volver a casa de una pieza y pasar el invierno esquiando.

También se ha largado, a la fuerza, un alpinista enfermo, con problemas muy graves derivados de la altura. Bajó solo y a caballo, ya que no podía ni andar, y ninguno de sus "compañeros" de expedición tuvo el valor de seguirle aunque fuera como medida de precaución o, en el peor de los casos, para que muriera acompañado de amigos. Quizás es que sus compañeros predican el futuro mejor que Rappel y sabían que no le iba a pasar nada...

Así que no todo es color de rosas en el Himalaya. Algunos sufren de lo lindo y otros ya entonaron el legendario 'Hasta luego, Lucas' con coraje y decisión. Decía Saint-Exupéry que vivir es nacer lentamente. Aquí, en la tierra del 'Trono de los dioses', sin embargo, a veces nacemos tremendamente deprisa, de golpe contra el suelo. Entonces no nos queda otra que levantarnos y subir allá arriba, a la pelea.

Iñaki Ochoa de Olza.

UN SOPLO DE AIRE FRESCO

jueves, 5 de octubre de 2006

"¿No te da vergüenza? ¿a tus años y abriendo vías nuevas?"... Al otro lado del mundo, la voz telefónica cargada de ironía de mi amigo Oscar Gogorza me devuelve bruscamente a la realidad, nada más llegar al campo base. Soy tan feliz que más que caminar, vuelo, o me deslizo un palmo por encima del suelo. Estoy completamente seco, reventado y fundido después de un ascenso durísimo y arriesgado, limpio y mágico como yo mismo no hubiese imaginado ni siquiera en mis mejores sueños. Acabo de realizar la mejor escalada de mi vida. Al dejar el glaciar helado y llegar a la "tierra firme" no he podido hacer otra cosa que derrumbarme agotado, llorando como un niño.

¿Les cuento un secreto? Sólo yo mismo creía tener un 1 por ciento de posibilidades. Nadie más apostaba nada por mí, aquí en el campo base, y con buenos motivos. El día 30 yo mismo había subido hasta los 7.700 metros y las condiciones eran infames, con peligro de avalanchas extremo. Y además el viento no paraba, pegando con ganas desde el sudoeste. La así llamada "ruta normal" había derrotado ya a la mayoría de los aspirantes, y más de 100 escaladores, muchos acompañados de sherpas y oxígeno artificial, habían enfilado ya hacia Katmandú. Una conocida clienta de una expedición comercial me aseguró categórica antes de largarse que, según sus guías, este año la cima principal era "imposible". Eso sí, le habían cobrado 12.000 dólares por tal consejo...

Así pues, intento descansar el día 1, concentrado en encontrar las fuerzas y el equilibrio mental necesarios para lo que solamente yo sé que se avecina. Me vienen a la cabeza las viejas clases de latín. Y al fin al cabo me acuerdo del destalentado aquél, Julio César supongo, que dijo lo de que "la fortuna sonríe a los audaces". Y audaz y arrogante es sin duda pensar que puede subir a un ochomil, el que sea, por donde no ha subido nadie antes, y además hacerlo en solitario y sin instalar campos de altura, en lo que se llama ascensión "express".

Eso me he propuesto yo, ni más ni menos, y no se lo he confiado a nadie.

Me pongo en marcha a la una de la mañana, desde los 6.350 metros del campo 1. Salgo como un obús. Pronto encuentro mi mejor ritmo y devoro los metros con presteza, sin necesitar paradas para recuperar cuando la nieve no está blanda. Al amanecer estoy a 7.400 metros, todavía en la ruta normal, que ya se por mi experiencia del pasado día 30 que no se halla en condiciones. Aquí el viento es insoportable. Me fijo en la cara noreste y veo que allí no hace aire, así que instintivamente me dirijo hacia su base. No me puedo creer que no se le haya ocurrido a nadie antes que a mí. He de perder 200 metros de altura, tan duramente ascendidos, y pasar debajo de un glaciar colgante verdaderamente peligroso, pero a las 8 de la mañana estoy en su base. La grieta que da entrada a la vía la negocio con cuidado, que para eso estoy sólo, y enseguida mis dos piolés encuentran el terreno en el que mejor se desenvuelven, hielo y nieve empinadas.

6 horas después una hermosa trinchera se abre tras de mí. Estoy en la arista cimera, la misma que escalan los que vienen de la cara sur, la misma que mi amigo Jorge Egocheaga había definido como "curiosa" tras su ascenso el año pasado. Los alpinistas, qué raza, llamamos así a lo que en realidad es peligroso, jodido y difícil.

A las 14 y 8 minutos hora nepalí llamo por radio mi chica y le cuento que estoy haciéndome fotos al resguardo del viento, 5 metros bajo la cima. Cuando recorro sin aliento los últimos metros, me doy cuenta sin dudas de que he hecho algo especial. Me alberga una esperanza infinita.

El viento más violento y terrible que yo haya visto me desaloja de la propia cima tras pasar un par de segundos en ella. Pero no me importa. Es ya tarde, y he de marchar hacia casa. .

Iñaki Ochoa de Olza.

EL TORO DE PAMPLONA

martes, 3 de octubre de 2006

La nieve cruje bajo mis botas. ese ruido leve y mi jadear más o menos rítmico son lo único que puedo escuchar, mientras avanzo penosamente por la nieve que, a veces, me cubre hasta el muslo. En otras ocasiones la capa superior es lo suficientemente dura como para soportar mi peso, aunque entonces también es posible que se desprenda y me arrastre con ella, como sucedió el año pasado. Aquí, a 7.800 metros de altura, la vida se torna insospechadamente simple. Un pie delante del otro, hacia arriba o hacia abajo, eso es todo.

Esta mañana del 30 de septiembre soy el ser humano que se encuentra a mayor altura, pero estoy tan sólo como si fuera el último hombre sobre la faz de la tierra. Las nevadas que nos acompañaron durante la semana pasada sin darnos tregua han dejado una capa espesa y uniforme que ahora es mi peaje. Normalmente la nieve me alegra, estimula y divierte, pero ahora la odio sin matices. Me había decidido por fin a realizar este intento de ascensión rápido, en 24 horas, como acostumbro. La razón es sencilla; quiero hacer un poco de alpinismo "de verdad" antes de que lleguen los japoneses y sus sherpas, oxígeno embotellado y cuerdas fijadas y lo dejen todo "niquelado", listo para hacer eso que Messner llama "alpinismo en pista".

Por eso el pasado día 29 subí de un tirón hasta el campo 2 (6.950 m.), más e 1.500 metros de desnivel. De todas formas, apenas un calentamiento comparado con lo que me esperaba la siguiente madrugada, ya que nadie ha pasado de aquí este año. Desayuno un café y me pongo en marcha a la una, en una noche sin luna pero muy ventosa. Pronto me hundo sin remisión. Trazo la huella sin pensar demasiado porque es imposible orientarse, la luz de mi linterna frontal sólo alcanza unos metros alrededor mía. Por fortuna o por pericia encuentro sin problemas la rampa empinada que da acceso a la arista cimera. el amanecer me alegra como nunca antes. Me siento en la nieve a contemplar la belleza del mundo que me rodea. Al este, el macizo del Everest parece inmenso, diseñado por un loco. al otro lado veo los Ganesh, y al fondo, el Manaslu, plagado de memorias recientes (te echo de menos, Jorge). Quiero beber algo, pero mis torpes manos dejan caer la cantimplora, más de mil metros de nada. Será peror para la hidratación, hoy.

Tras el reposo prosigue la lucha. A las 7 de la mañana y sólo 200 metros por debajo de la cumbre, sin embargo, una placa de nieve traicionera se hunde con un ruido que pone mi corazón a más de mil por hora. con un par de movimientos que me gustaría imaginar felinos me desplazo hacia un lado, pero comprendo enseguida que no hay paso posible hacia la cumbre. Ello quedará para otro día, quizás para alguien que tenga menos respeto que yo por la vida. Esa misma tarde llego al campo base, donde Corinne me cuida, me mimas y me ama. Algunos me felicitan, e incluso un amigo italiano me describe como " el toro de Pamplona". Sé que ha sido un bello ascenso, realizado en silencio y soledad completas. Pero sin cima. Pequeño detalle, que hace que mañana, tras descansar un día, encaminé mis pasos de nuevo hacia allá arriba, donde el sol no calienta y las cosas son simples.

Iñaki Ochoa de Olza.

ULISES Y LAS SIRENAS

Después de regresar de aquel hermoso viaje por encima de las nubes, el deseo de seguir viviendo aventuras y escaladas en las montañas más altas del planeta no ha hecho sino acrecentarse.

Regresé entonces moderadamente satisfecho, pero el nuestro es un fuego que se reaviva fácilmente, una pasión salvaje que no conoce medida ni atadura, y que necesita ser vivida con intensidad cada cierto (poco) tiempo.

Por eso en primer lugar descansamos para recuperarnos, después escalamos y entrenamos como bestias y finalmente una vez más partimos, dejamos atrás sin excesivo disgusto nuestro tecnológico, seguro y confortable mundo para medir nuestras fuerzas, a pesar de todo escasas, y buscar nuestros límites. Los que nos quieren hacen que el corazón se encoja en la despedida, y me cuentan que hasta mi perro se deprime cuando marchó.

En esta ocasión encaminamos nuestros pasos y miradas al Makalu, en el Himalaya de Nepal, y si todo va bien dos meses más tarde volveremos a visitar al amigo K2, a ver de qué humor está este año.

Estamos ya en Nepal, y la situación política del país es tensa y convulsa, muy difícil. Da la sensación de que esto tiene que reventar por algún lado. Es prácticamente una guerra civil, que ha dejado casi 10000 muertos en los últimos 8 años de insurrección maoísta. Aquí no hay petróleo, por lo tanto el tema no interesa mucho en el contexto de la situación del mundo, y ni hay enviados especiales ni se habla del asunto en los noticieros. Pero nosotros seguiremos viniendo, y, de paso, lo denunciaremos. También es cierto que ningún turista, viajero, caminante o escalador ha resultado todavía herido en el conflicto, pero no es hermoso ver como está un lugar que era precisamente el paradigma de la paz hace tan solo unos pocos años.

No es sencillo plantearse un reto como este proyecto llamado **Navarra 14 ochomiles**. Nadie escala tantas montañas de manera fácil, y se requiere un enorme compromiso vital con la montaña. Pero yo he sido afortunado de contar con la ayuda de mucha gente. En **Diario de Navarra** me conocen bien y me apoyaron desde que anuncié mis aviesas intenciones el pasado año. Después **Lorpen**, que por cierto desde Etxalar fabrica calcetines técnicos al nivel de cualquiera (¿porqué pensaremos siempre que lo de fuera es mejor?), me ha dado con su apoyo sin condiciones el empujón definitivo. Para Luis y Gerardo, Imanol, Eloísa y Javier, Josetxo y los demás que en ambas empresas trabajan día a día va todo mi agradecimiento. Y el otro Josetxo y también Víctor saben que son responsables de que yo esté aquí. También está en mi pensamiento ese amigo al que le gusta Bob Dylan, y que me demuestra tan a

menudo el valor de la amistad. A todos ellos muchas gracias.

En los próximos capítulos les presentaré a mis compañeros de expedición, e intentaré expresar y comunicar cuales son nuestras experiencias y los valores que nos mueven. Espero que puedan seguirme, desde estas páginas y próximamente desde la red, en la página web que ahora está en proceso de creación. Alguien nos llamó una vez conquistadores de lo inútil,

aunque yo creo que no es eso lo que somos. Simplemente vivir, o vivir de forma simple, eso es lo que queremos.

Las montañas del Himalaya han ejercido siempre una profunda fascinación, casi diría una tentación, en el corazón del ser humano. Yo debo ser un espécimen bastante débil porque un año más me encuentro dirigiendo mi ser hacia este lugar que con sus promesas de aventura y pasión, con su leyenda de lucha, nieve y viento y su belleza sin igual. nos atrae del mismo modo que las sirenas llamaban al encadenado Ulises, aquel que tardó 20 años en regresar a su casa. Yo espero hacerlo antes, y contarles mientras tanto cómo nos va.



LA SONRISA DE DAWA FHUTI

Si todo marcha bien, hoy día 15 un helicóptero nos trasladará desde Lukla, un pequeño pueblo de la región del Everest, hasta el campo base del Makalu. Este procedimiento es nuevo para mí, acostumbrado a las clásicas marchas de aproximación, y desde luego prefiero andar durante 2 semanas pagando a cien porteadores que realizar el mismo trayecto en 45 minutos y que todo el dinero vaya a parar a unas únicas manos. Pero la región del Makalu no es segura, infestada como está de guerrilleros maoístas, así que debemos plegarnos a las circunstancias.

Hemos caminado durante diez días hasta alcanzar el campo base del Everest, para aclimatar nuestros cuerpos a la altura progresivamente. Si no lo hubiéramos hecho así, el súbito incremento de altura, en helicóptero hasta el base, hubiera supuesto una amenaza letal para nuestra salud. La hipoxia, falta de oxígeno, no sabe de atletas o himalayistas, y ataca a todos por igual

Han sido jornadas de simple caminar, de apreciar la belleza del mundo que nos rodea, y de relajo tras la locura previa a la partida. Se trata de mi vigesimocuarto viaje a Nepal, y al menos una docena de veces he estado en este valle, de modo que se repiten las invitaciones a tomar el té por parte de innumerables amigos y conocidos. Se trata de comentar lo pasado y lo que aún está por suceder. “¿Otra vez al Everest?”, “Nooo, al Makalu,,,”, “Ahhhh, very good luck”. Encontraré por el camino a Simone Moro, a Ed Viesturs, a Willie Benegas, y a tantos otros colegas, cada uno con su historia a cuestas



Iñaki y Dawwa Fhuti

En una de las paradas me encuentro con una chiquilla de pelo corto y sucio, dientes rotos y separados, que me impresiona profundamente por la vida que hay en sus ojos y lo entusiasta y generoso de su sonrisa. Nos hacemos amigos enseguida, por qué esperar. Ella es de la etnia sherpa, y me cuenta sin tardanza que se llama Dawa Fhuti.. Su pueblo está a muchos días de camino de aquí, pero su hermano ha encontrado trabajo en un albergue de por aquí, y ella ha venido a ayudar. Se aprende mi nombre a la primera, estira del pelo de mis antebrazos entre grandes risotadas y me pregunta por qué llevo el pelo largo y pendientes si soy chico.

Unos días después me vienen a saludar los guías de una expedición norteamericana al Everest. Cada uno de sus ocho clientes ha pagado más de 50000 euros para estar aquí .Es el precio del trofeo en la vitrina. Uno de ellos se acerca rápidamente al saber que soy español. El es de Wyoming, y me muestra su pesar por los atentados de Madrid. Después me pregunta si los autores ya están en *chirona*. Le contesto que sí. El tipo éste me mira satisfecho y me dice: “Ahora lo que tenéis que hacer es matarlos a todos”. Luego pasa a explicarme que lo mejor para mejorar la seguridad aérea sería que todos lleváramos nuestra pistola en el bolsillo...

Al día siguiente subiré a visitar a mis amigos que se quedaron para siempre en brazos del Pumori. Ellos no volvieron a casa, pero su espíritu, sagrado, inunda todo el lugar. Sentado a solas sobre una piedra, mirando a las montañas, pensaré que estas son tierras mágicas, y me dejaré bañar por la energía que de aquellas emana. Y, como ustedes comprenderán, ni por un momento pensaré en aquel paleta de Wyoming, y sin embargo en algún lugar de mi mente habrá un lugar para Dawa Fhuti, esa pequeña libre y salvaje que se bebe la vida a chorros.

WLADIMIR ES UNA LEYENDA

Cuando abordamos el helicóptero que ha de trasladarnos al campo base inferior del Makalu, sabemos perfectamente que nos encontramos ante uno de los momentos más críticos y peligrosos de la expedición. El vuelo, de 30 minutos de duración, se va a desarrollar a una altitud de hasta 5600 metros, que es el techo absoluto de la máquina, y rodeados en todo momento de montañas muy altas, de un universo inerte de nieve y hielo que amenaza con tragarnos para siempre.

A la puerta del aparato, de fabricación rusa, nos espera un tipo de la misma procedencia, que esboza una media sonrisa glacial al ver nuestras acongojadas expresiones. Él es EL PILOTO, así con mayúsculas, y de su pericia dependerá nuestro pellejo. Responde al nombre de Wladimir Kaleshnikov, tenía que ser algo así, y es el número uno en su negocio



Grupo hacia campamento base

Ambos, piloto y aparato, han forjado su leyenda desde la guerra de Afganistán, (la de hace 25 años, no la de ahora) con miles de horas de vuelo, primero en combate y después en rescates y traslados de montaña como el nuestro. Para mí se trata de un vuelo emocionalmente impactante. Hace dos años, un helicóptero con 9 personas a bordo desapareció sin dejar rastro mientras hacia este mismo recorrido. En el viajaban mis amigos nepalíes Sarki Sherpa y Nima Dorje Tamang, que murieron en el accidente. El segundo de ellos había sido mi cocinero en 8 expediciones, y a él le debo casi todo lo que sé de este país, de su gente y su lenguaje.

Cuando Wladimir se sienta a los mandos, no sabe nada del tiempo que hace por el camino o de la fuerza del viento en la zona de aterrizaje. Todo será a vista, sin concesiones a la duda o a la desesperanza. Él es un maestro, y como en toda actividad humana que alcance el grado de arte, resultará un placer no exento de nervios verle trabajar. Juega con el terreno, sube o baja 200 metros cuando lo necesita, y espera paciente a que las nubes dibujen un hueco por el que descendemos hasta el llamado campo base Hillary, a 4800 metros. Ya no nos quedan uñas que morder.

Veo los rostros satisfechos de mis amigos, y supongo que serán un reflejo del mío propio. Mi compañero Alex, este joven vizcaíno de 22 años que se ha traído 40 discos de música punk, 30 pares de calzoncillos ("para no andar lavando", aúpa Lemona) y ningún libro. Los demás también están contentos. El ecuatoriano Iván Vallejo, que subió dos veces al Everest sin oxígeno, y que te llama "hermano" cada vez que se dirige a ti. O el alemán Peter Guggemos, quizás un poco descentrado entre tanto hispánico cachondeo. Y el yanqui Joby, el guapo oficial del grupo, sereno y tranquilo, que será de él sin chicas. El último de ellos, el también navarro Ricardo Valencia es paradójicamente al que menos conozco, aunque puedo asegurar que come como un búfalo y duerme (y ronca) como un oso. En él hay un cierto despiste, que me hace pensar que quizás acabe subiendo al Kanchenjunga o al Lhotse y no al Makalu.

Mientras estrechamos la mano de Wladimir y le vemos alejarse, poco a poco estiramos al máximo nuestros cuellos para intentar abarcar con la vista la inmensidad de este gigante que ahora domina nuestras vidas. Alguno dirá:

- Bueno, ya sólo falta subirse ahí.

Es lo que tiene esto de escalar en el Himalaya, la simpleza.

LOS MAOISTAS, UN ATRACO Y UN PERRO

La primera noche que pasamos en el campo base es bastante tensa, no debido a la desacostumbrada altitud, sino a la presunta visita de los guerrilleros maoístas, que según afirman nuestros cocineros, se hallan en las inmediaciones, aunque no les hemos visto. Sabemos que en Nepal la situación es catastrófica, con más de 10.000 muertos en los últimos 8 años de batalla entre el ejército y la guerrilla maoísta. Se trata de una democracia muy joven, de sólo 14 años, y la inmensa y generalizada corrupción practicada por los primeros gobiernos ha llevado a esta situación, similar quizás a la vivida por Perú en los años 80 con la guerrilla sendero luminoso.



Maoista

Por la mañana estamos tranquilos porque no ha pasado nada. Nuestro cocinero, Prem Magar, aparece sin embargo diciendo que tenemos invitados, y que vienen en son de guerra. Son ellos, los maoístas. De hecho son un par de chavales armados con dos miserables cuchillos de cocina, aunque dicen que llevan en sus bolsos sendas granadas de mano. También aseguran que estamos rodeados de 11 activistas armados, aunque esto sabemos que es mentira. Nos explican que en Nepal hay dos gobiernos, uno el corrupto y oficial, otro el popular y realmente democrático. Nos explican, como si no lo supiéramos, que ya hemos pagado al primero, y que ahora toca pagar al segundo. La cuestión es cuánto.

Nos reunimos los escaladores, y vemos que tenemos dos opciones. La primera es violenta, ya que somos muchísimos más que ellos, y sería realmente fácil darles una paliza de cualquier categoría. La segunda opción es negociar. De un modo que pretende ser natural, me alejo unos metros con el más hablador de los dos, un chaval de etnia gurung de apenas 20 años. Se sorprende al ver que hablo nepalí, y que demuestro conocer y apreciar su cultura. Me da la impresión que su cerebro ha sufrido un serio lavado. Le explico además el riesgo que corre, y le digo, ya en plan farol, que nosotros mismos podemos ser mucho peores que el ejército nepalí, y que ni por un momento nos hemos creído la historia de que estamos rodeados de gente armada. "Así que hazme un buen precio, y ahórrate problemas que no esperabas". Ahora es él el que duda por un momento, y se reúne a hablar con su camarada, que es de raza sherpa.

Al final la propuesta viene clara: 5.000 rupias por barba (60 euros) y nos darán un salvoconducto válido por un año, para todos los territorios controlados por la guerrilla. Para nosotros supone poco dinero dentro de nuestro presupuesto, y además no quieren ni teléfonos ni cámaras fotográficas, sólo el efectivo. Aceptamos, pagamos, y vemos cómo uno de los principales problemas del viaje lo hemos solucionado en tres horas de negociación. ¿Y qué tal el Makalu? De película, se mantiene altivo como nadie y ajeno a toda esta humana problemática, y se ve grande y difícil pero noble. Ya hemos empezado nuestra escalada, y seguimos aclimatándonos a su inmensa altura. De momento todo va bien, sólo estamos 17 escaladores en nuestra vía, la normal (¿Qué habrá en ella de normal?). Es difícil técnicamente y siempre expuesta al viento.

Una semana después de ser atacados, nuestro único recuerdo de los maoístas es un pequeño perrillo, de raza mastín tibetano y de ojillos vivarachos y expresivos. Se ha instalado aquí, a 5700 metros de altura, porque seguramente come mejor que en su casa, y aprecia de verdad todo lo que nosotros no comemos. Se enrosca al sol durante el día, y suplica un sitio en el vestíbulo de cualquier tienda cuando la temperatura se estrella durante la noche. Ha aprendido a ser acariciado y básicamente se le ve feliz. También atiende ya por su nuevo nombre; le llamamos "maoísta".

LA MADRE DE TODAS LAS TORMENTAS

La tecnología que todo lo inunda y domina en nuestra civilización también ha llegado al Himalaya.

En el campo base disponemos de ordenador y de teléfono vía satélite, lo que entre otras cosas permite que ustedes puedan ver algunas fotos y escritos de nuestra aventura, y que mi madre se eche las manos a la cabeza si me ve demasiado flaco o desmejorado, o si me oye toser por teléfono. Hay quién arguye que la tecnología acaba con la aventura, y quizás no le falte razón, pero en nuestro caso la aventura está esperándonos ahí arriba, a partir de los 7000 metros, y ningún artificio del mundo nos sacará de apuros si no lo hacemos nosotros mismos o nuestros colegas.

El pasado viernes me dirijo con cierta soltura (recién adquirida, por cierto) a descargar mis emails, y mi sorpresa es mayúscula cuando veo que hay varios avisos urgentes, procedentes de diferentes países y fuentes. Cual Maldonado o Montesdeoca cualesquiera, meteorólogos de todo el mundo nos avisan, en un tono que suena casi apocalíptico, que se está formando la tormenta perfecta, y que se nos viene encima sin que podamos hacer nada por evitarlo. Aparentemente vientos del oeste de más de 150 km-h. van a hacer que todo lo que no esté sujeto al suelo de forma muy sólida, vuele sin remisión.



Manda huevos, que diría un ministro de defensa del montón. Y pensar que sólo un par de días atrás de nuevo habíamos rozado el cielo con los dedos. Escalamos, algunos de nosotros, hasta los 7450 metros del collado del Makalu, y aún nos dimos una vuelta un poco más arriba. Durante tres días afinamos nuestra aclimatación con vistas a un próximo intento de cumbre que ahora parece ciertamente más que lejano. Esos días desayunábamos un capuccino de sobre, comíamos algo de queso o una lata de atún, una sopa era la merienda, y a última hora (las 18,30) un chocolate con tres galletas hacía las veces de cena. Y éramos reyes otra vez, dueños de nuestro destino, pájaros libres en este mundo donde el aire es tan delgado, donde de nada sirve la fuerza de voluntad y de tanto la imaginación.

¿Y por qué esta vez los científicos aciertan? Efectivamente, observamos cómo las nubes comienzan a pasar a toda velocidad por la cumbre de nuestra montaña. Salimos a observar el espectáculo, y en nuestras miradas se puede observar una parte de fascinación, pero también algo que en castellano solamente se puede definir como acojono, si me permiten la expresión.

Sabemos mejor que nadie que esto comienza allí arriba, y luego va progresivamente descendiendo, poco a poco, barriendo todo a su paso. Tragamos saliva, y nos disponemos a reforzar el campamento base.

Y la tormenta descenderá, con saña, y nos recordará de forma terminante quién es aquí el que manda. Después de haber probado la vida de los reyes, seremos una vez más náufragos a merced de los elementos, desatados y salvajes por tres días. Como el capitán Scott y sus compañeros, condenados tras alcanzar el polo sur, a veces pensaremos que todo se ha perdido, y recobramos la esperanza en los momentos de calma. A partir del lunes la fuerza del viento decae, y quizás las sonrisas vuelven de nuevo a nuestros rostros. Nos vamos para arriba otra vez. La montaña nos enseña sin parar, y sabemos que sólo somos hombres, pequeños como pulgas. Nada más.

Alguien se queja con amargura;

- Vaya viento más perro, que paliza nos ha dado....

- ¿Qué quieres, tío? Haber hecho mountain bike....

NOTA Me gustaría pedir disculpas públicamente a Ricardo Valencia y su familia. Mis afirmaciones en el artículo de hace dos semanas no eran muy acertadas y quizás tampoco se entendieron con la ironía que yo pretendía. No era mi intención ni ofender ni dejar a nadie preocupado allá en casa. De veras que lo siento.

NO SE QUE HACER CONTIGO

La desesperación no cunde todavía en el campo base, a pesar de que más de uno ya piensa que razones no nos faltan. Hace ya 15 días que esperamos la famosa ventana de buen tiempo que nos permita hacer un intento de escalada a nuestra montaña. Hace pues dos semanas que los vientos conocidos como “corriente de chorro”, el jet stream, llegaron para instalarse en la zona de las grandes montañas del Himalaya. Cualquier intento de ascensión entre semejante vendaval acabaría con el protagonista sin remisión. No es un fenómeno desconocido para los habituales del lugar . Ahora sabemos que sólo los vientos del monzón, procedentes del océano Índico, serán quienes empujen hacia el norte a los que ahora impiden nuestra felicidad.

Algunos años hay que esperar incluso hasta finales de mayo para que se calmen y emprendan ese tránsito anual . Nos las prometíamos muy felices después de conseguir rápidamente una aclimatación más que adecuada, y pretendíamos, cómo no, un rápido ascenso que nos dejara de vuelta en casa con tiempo para recuperar y para prepararnos un poco con vistas a ese veraniego intento al K2.

La rutina de la vida en el campo base es demoledora. Uno no puede menos que descubrirse y admirar a los grandes aventureros de la exploración polar, hace un siglo más o menos. Los Nansen o Shackleton, que partían en expediciones que duraban entre dos y tres años, en condiciones durísimas, y nadie rechistaba . Nosotros estamos bien alimentados, nuestro frío es real, pero relativo, y básicamente nos aburrimos porque necesitamos escalar , o al menos algo de actividad física. Si alguien decide ducharse, en una palangana y usando 3 o 4 litros de agua, es abucheado unánimemente por el resto de la tropa, por romper ese pacto tácito que dice que podemos oler como nos de la gana. Si ese alguien se asea significa que, por vergüenza, uno tras otro iremos pasando por el aro, ciertamente a regañadientes. Bueno, confesemos que sólo ha sucedido en un par de ocasiones el último mes.

Hay quien dice que el Himalaya está masificado, así, en general, Si eso es así nosotros debemos estar en Sierra Morena, porque quedamos once escaladores en el base. Los noruegos se fueron ya, y estamos nosotros seis, más dos asturianos, un inglés y dos mejicanos. Estos últimos han comenzado a prestarnos películas de su videoteca , y hemos visto casi seguidos tres auténticos atentados contra el séptimo arte. Una cinta infame que se llama “ Límite vertical” y en la que sale mi amigo Ed Viesturs, otra que se llama “El Bar Coyote” y que es como para cortarse las venas, y otra de la que afortunadamente no recuerdo el título, pero que era de coches y tal.

El domingo pasado por la mañana el viento parece haber amainado un poco, de modo que mi colega ecuatoriano Iván Vallejo y yo nos damos una “vuelta”. En apenas 8 horas escalamos los casi 2000 metros de desnivel que nos separan del collado a 7500 metros de altura. Cargados con unas mochilas monstruosas, luchamos durante toda la jornada para depositar allí arriba, donde el viento es criminal, todo el equipo que necesitaremos próximamente en nuestro ataque a la cumbre. Unas horas después estaremos de vuelta en el base, muy cansados. Ivan dirá a todo el que quiera oírle :

“Chucha, con el paseo dominical de Iñaki Ochoa...” Es que fue idea mía.

En estos días se juega una partida cruel, un juego que es solamente mental. Ahora nuestras reservas físicas han disminuido mucho, y se ve la pasta de la que está hecho cada uno. Sólo aquellos más fuerte mentalmente sobrevivirán para intentarlo. A veces me alejo de mi tienda para mirarte a la cara, Makalu. Y te veo altivo y enfadado, tan bello. Y entonces me digo, no sé que hacer contigo. Bueno, ya se me ocurrirá algo.

NOTA : Mi más cordial enhorabuena a todos los miembros de la expedición navarra Dhaulagiri 1979. Pioneros y maestros...un abrazo.

MAKALU, MI PEDAZO DE CIELO

DESPUÉS de tantos avatares y sucesos, de pasar enfermedades y hasta un atraco, y de sufrir la furia del viento soplando como mil bestias, ninguno de nosotros era lo suficientemente estúpido o ingenuo como para pensar que la ascensión del Makalu iba a suponer un lindo paseo o algo por el estilo. Es más, habiendo aprendido tantas veces que en estos sitios hay que estar preparado para todo -incluido lo mejor-, salimos del campo base el pasado día 13 con el ánimo del que sabe que le espera una dura prueba, una hermosa paliza, quizás una confirmación de carácter o, si no, todo ello junto. Los benditos meteorólogos llevan mareándonos un par de semanas y, finalmente, nos dan el visto bueno y dicen que el viento va a bajar en intensidad, aunque puede nevar. Vaya por Dios, ya nos imaginábamos que de algún lado tenía que caer toda esta blanca masa que nos rodea.

La clave de nuestra ascensión al Makalu estriba en el estilo que empleamos, sin grandes trucos. No tenemos sherpas que acarreen nuestros trastos por un sueldo, y no reduciremos la altura de la montaña utilizando las botellas de oxígeno artificial que ahora ya casi una mayoría utiliza. Para nosotros es un estilo limpio, rápido y ético. Conocemos la ruta hasta los 7.500 metros y, a partir de ahí, actuaremos sobre la marcha.

Cuando alcanzamos nuestro segundo y último campamento (7.600m), el viento tiene tal fuerza que amenaza con arrastrarnos sin remisión al montar las tiendas. Joby y Peter se instalan en una, Alex y yo ocupamos otra, ligera y por tanto endeble. Ricardo e Iván han decidido quedarse hora y media más abajo, y tendrán que salir antes.

Toda la noche la pasamos en vela, sujetando las paredes de la tienda e intentando evitar lo que nos parece imposible: que el viento la haga pedazos y nos deje expuestos en una situación más que comprometida, a 30 bajo cero y sin refugio. Pasamos momentos de miedo, pero hasta la noche más negra tiene su final. Éste llega sin que hayamos ni siquiera podido pensar en salir hacia la cumbre.

El día 15 lo pasamos entero descansando e intentando hidratarnos. Notamos que el viento se muere poco a poco, por lo que renacen las esperanzas. A la tarde se calma, y Alex y yo hablamos en susurros, como para no molestar, para no despertarlo... Salimos sin hacer ruido a la una y media de la mañana y, enseguida, me veo en una condición física que ni en mis mejores sueños habría deseado. Nunca había escalado con tanta soltura a esta altitud.

Siempre cuento los pasos que puedo dar entre las paradas. Y aquí hay veces que puedo dar entre 50 y 70, repitiéndose como un mantra. Peter se da la vuelta enseguida, hoy no es su día, y también Joby, aunque éste vuelve a salir más tarde hacia arriba.

Más tarde, y con los pies otra vez calientes después de una dura lucha, me veo sólo en la pared somital del Makalu. Los últimos 200 metros son los más difíciles, y me toca decidir por dónde y cómo.

Aquí la ascensión será siempre muy seria y exigente, delicada y que no permite ningún error. Voy escalando por rocas de verdad y finalmente, después de superar la antecima, me veo encaramado en la cumbre más pequeña que he visto en mi vida. Es como un cuchillo que corta el cielo, un alarido de hielo que estalla sin rastro...

Una hora después me cruzo con Iván y Alex, ya casi llegando arriba. También vendrán Ricardo, a quién no veo por casualidad, y Joby. Mi amigo ecuatoriano y yo nos abrazamos llorando, y con el salado sabor de las lágrimas me llega su felicitación: «Enhorabuena, como dicen ustedes, qué pedazo de monte...»

Al día siguiente seré yo quién le abrace de vuelta en el campo base. Lágrimas nuevas saludan nuestro encuentro. Y entonces le contaré a mi amigo que el Makalu no es sólo un pedazo de monte. Es un puntiagudo pedazo de cielo, que se ha clavado en mi corazón.

EN LA TIERRA DE LA BANDERA ROJA

Finalmente he aterrizado en el mundo donde la vida es algo más sencilla.. Con mi colega y amigo, el estadounidense Joby Ogwyn, hemos escapado discretamente de la disciplina del pelotón y nos hemos metido en el cuerpo la enésima paliza para descender del campo base del Makalu lo más rápidamente posible. Han sido tres agotadoras jornadas y media en las que hemos recorrido los casi 150 kilómetros de terreno de montaña que separan nuestra montaña de la civilización. Por detrás nuestros compañeros y todas las cargas siguen en camino, y llegarán hoy o mañana a Katmandú.

¿Porqué no ha venido a buscarnos el mismo helicóptero que a la ida? Por nuestros viejos conocidos, los maoístas. Estos anunciaron, durante nuestra escalada, que ningún helicóptero saldría con bien de su territorio...por lo tanto, ninguna compañía se ha arriesgado, todos bajamos andando del Makalu este año.

Nuestra primera etapa acaba en Yak Karka, nada más que un simple cobertizo. Cuando allí entramos, dispuestos a cenar algo y dormir, nuestra sorpresa es mayúscula al ver una docena de sonrisas dándonos la bienvenida. Son ellos, los maoístas, armados hasta los dientes.

- Os vamos a escoltar, para que no os pase nada. Para eso habéis pagado. Tragamos saliva, y pensamos en las cámaras, teléfonos y ordenadores que cada uno llevamos en nuestras pesadas y exageradamente grandes mochilas. Después uno de ellos se presenta como el comandante y me suelta algo que me deja helado;

- Tu eres Iñaki, muy famoso. Tu no eres turista, has estado 24 veces en Nepal.

Bueno, no pasa nada por gastar un poco más de saliva. Sonreímos a la fuerza, y nos miramos con sigilo. La verdad es que en todo momento son cordiales. Nos invitan a cenar, cabra picante, y al día siguiente nos acompañan durante toda la jornada. Cuando Joby, que está destrozado físicamente, da muestras de flaqueza, el comandante ordena a uno de sus hombres que acarree su mochila, lo cual este cumple diligentemente. Llegamos al poblado de Tashigon, que es como su cuartel general. Aquí el ejército regular nepalí no llega ni de lejos, y en todas las casas ondea la bandera roja.. Ni Joby ni yo nos hemos sacudido la tensión, pero ya pensamos que quizás no nos roben. Nuevamente nos invitan a cenar y a dormir en sus casas, y de nuevo hablamos de lo divino y lo humano, criticamos con saña al gobierno, y cuando están tan borrachos que no pueden andar nos vamos a dormir.

Al día siguiente se despiden cortésmente cuando entramos en la zona que no está controlada por nadie. Abrazos y apretones de manos. Fieles a su promesa, no nos ha pasado nada, pero yo no puedo más que preguntarme porqué está así un país que era hace muy poco el más pacífico paraíso de Asia. Unas horas después estamos de nuevo en el territorio del ejército, y estos nos acosarán a preguntas; cuántos eran, qué os han robado, etc. Como explicarles la verdad.

La escalada del Makalu ha sido,(quizás junto con el Nanga Parbat, el año pasado, y el Lhotse,

hace ya cinco años) la mejor de mi vida. Unos compañeros excepcionales, una montaña grandísima y salvaje, una ascensión impecable y muchísimas risas en el campo base. A mis compañeros, gracias por todo. Ricardo, Peter, Iván, Alex y Joby; sois gente excepcional., y se os quiere.

Me da miedo repetirme, pero lo cierto Makalu pertenece también a Josetxo y Victor, a Luis y Eloísa, a Gerardo e Imanol, a Jorge , al otro Josetxo, y a toda la gente que me apoya con su aliento desde casa. Y habéis sido tantos. Mil gracias. Sin todos vosotros el Makalu hubiera sido un monte de 10000 metros, imposible.

Mi hermano Daniel, Cristina y Mila consiguieron que en un fin de semana yo aprendiera lo suficiente de ordenadores como para mandar mis fotos y crónicas. Es decir, consiguieron lo imposible. Y Lorenzo, de Lozisa, me ayudó infinitamente con las placas solares, y es un genio de la electrónica. Lo mismo pasa con la gente de la nueva revista Campo Base, ellos son de lo mejor. Gracias también a todos vosotros.

Me gustaría dedicar esta escalada a mi amigo Koldo Aldaz, que siempre me transmitió su amor por las montañas. Y especialmente por el Makalu. Va por tí.

En un par de semanas partimos hacia el K2. Y aquí estaremos de nuevo. Hasta entonces, un abrazo y gracias por todo.

TE QUIERO K2, PERO NO TANTO

Islamabad, Pakistán, 14 junio

Una vez más me encuentro en el aeropuerto de Londres con la tarjeta de embarque en la mano, observando pasmado el ajetreado ir y venir de extraños que corren de un lado a otro, y buscando en la pantalla luminosa el número de mi puerta de embarque. Obviamente hay varias decenas de vuelos cada hora, a lugares tan pintorescos o turísticos como Ciudad del Cabo, Osaka o San Francisco. Pienso por que una vez no me importaría sentirme como algunos de ellos, excitado y alegre pero sin sombra de duda en las despedidas, en esos adioses que a nosotros se nos hacen tan cuesta arriba y que dejan al que se va y al que se queda con un nudo en el estómago que no se deshace fácilmente. Pienso en cómo hace tan sólo unos minutos, separarme de mi chica, Madeleine, me ha costado Dios y ayuda, y por poco hay que llamar a los bomberos y su sierra. El rótulo luminoso y apremiante que señala parpadeando Islamabad-puerta 25- embarcando me saca de mis reflexiones. "Otra vez al agujero", me digo a mi mismo, y sonrío.

La tensión de la despedida se desvanece al llegar al susodicha puerta y observar la conversación "animada" (a grito pelado) que mantienen varios grupos de escaladores españoles. Nos saludamos enseguida, y se reparten abrazos y enhorabuenas por nuestro reciente éxito en el Makalu. Saludo con gusto a Carlos Soria y Jorge Palacios, que también intentan el K2 por tercer año consecutivo, y ésta vez llevan un equipo de filmación con ellos, que incluye entre otros a algunos como Aitor Báñez y Dani Salas, que han sido compañeros de expedición en otras épocas, ni tan lejanas ni tan gloriosas. También están el increíble Quico Soler, ganador de tantos maratones de montaña, con un grupo de catalanes que se dirigen al Gasherbrum II, lugar donde ya está garreando mi amigo Carlos Pauner. Para que el encuentro resulte multiétnico, incluso hay dos chavales guipuzcoanos, que también intentarán el GII. Todo el mundo está contento porque conseguimos meter al avión unos " bolsos de mano" que en algún caso superan los 25 kilos, y además nadie ha tenido que pagar exceso de equipaje, la bestia negra de cualquier himalayista. El resto de la semana lo hemos pasado entre autobuses, recorriendo los 800 kilómetros que nos separan de Skardú, la capital del Baltistán, desde donde iniciaremos hoy o mañana la marcha de aproximación.

Los días pasados en Pamplona han pasado rápidos, con la agenda repleta, casi sin tiempo para recuperar. Me ha sorprendido gratamente la cantidad de gente que nos ha seguido y que me han felicitado por la escalada y por los artículos. Espero que no decaiga. Lo que más me ha impresionado es la idea un poco generalizada entre el aficionado de que aquel que se dirige al K2 es alguien quizás taciturno y por supuesto obsesionado, alguien que está dispuesto a arriesgarlo todo por poder decir, " he estado ahí arriba". Algunos se despiden de ti como si fueras al matadero. Y la cosa no es así, por lo menos en mi caso. Me gusta el K2 y me gustan las alturas extremas, donde se viven aventuras únicas que tanto enriquecen mi vida, pero la verdad es que me gustan más mi novia, mi familia y hasta mi perro, y por supuesto mis amigos, al menos más que este hermoso y gigantesco montón de piedras. Solamente creo que, aunque sea por pelma, me he ganado el derecho de realizar un buen intento de escalada a este bicho de montaña, cosa que no ha sucedido en anteriores ocasiones.

Que otra vez lo importante es asegurar cada pequeño paso, y volver a casa con bien. Y el año que viene no me importaría estar en el mismo aeropuerto, pero quizás buscando otro destino en aquella. hipnotizante pantalla luminosa.

DE ESTRELLAS Y SUEÑOS

Concordia, 23 de junio

Si todo va bien, hoy día 24 Alex Txikón y yo instalaremos nuestro campo base debajo de las faldas del K2. Viendo la vida que llevan los porteadores que nos han acompañado hasta aquí durante los últimos 7 días, queda claro que los lujos de nuestra civilización sólo satisfacen las carencias que ellos mismos crean. Todo nuestro dinero y tecnología significan bien poco para esta cuadrilla de 30 hombres fuertes y duros que han acarreado hasta el base toda nuestra impedimenta.

Durante toda la semana, Sher Alí se ha levantado a las 4,30 de la mañana, dispuesto a iniciar su jornada laboral. Tiene que cargar unos 30 kilos durante todo el día, al principio con mucho calor y por terreno desértico y después por el larguísimo glaciar de Baltiro, entre piedras y hielo. Sher Alí echa a andar sin desayunar, y cuando le adelantamos a las 7 de la mañana sonríe sudoroso, y nos dice " Hello, Salam Aleikum" (Hola, la paz con vosotros). Y es que Alí es musulmán, chiita nada menos, que es algo que suena muy chungo por Europa y América, pero él es un hombre dulce y cariñoso, feliz de encontrarse trabajando en su tierra.

A media mañana Sher Alí y sus amigos encienden un fuego y se calientan un té picante, con sal y leche, al estilo tibetano. Comerán también algo de pan, al que llaman roti y que supone la base de su dieta,(Bueno, la base y los campos 1,2,3 y 4, pues es todo lo que comen aquí). Todos ellos son Baltíes, habitantes de esta región desolada y remota del norte de Pakistán donde nos hallamos. Alí vive en Shigar, en una casa que es más una choza, y los 100 euros que ganará trabajando para nosotros ayudarán a pasar mejor el invierno a sus 5 hijos.

El trasiego de gente es increíble por los polvorientos caminos. Debido al 50 aniversario de la primera al K2 por alpinistas italianos, se dice que vienen 500 personas del país trasalpino, por fortuna en tandas diferentes. Hay casi 150 alpinistas que intentarán la cumbre del K2, comparados con las escasas tres docenas que hicimos lo mismo hace un par de años.

¿ Por qué hacéis esto? Es sin duda la pregunta más repetida en charlas y conferencias.(Aunque curiosamente es una pregunta que sólo formulan los adultos, nunca los niños) Hay tanta gente que no entiende que abandonemos nuestro confort, seguridad y dinero, para venir a hacer algo tan inútil como escalar el K2. La verdad es que aunque pudiera dar con una respuesta medio coherente, ellos nunca lo entenderían.

Sólo sé que no estamos locos, y que allá arriba es precisamente la vida lo que buscamos.

Sher Alí tampoco lo entiende, y sacude la cabeza cuando le invito a escalar el K2 conmigo. Pero aún así todos los días suda la gota gorda con nuestro equipaje, y aprieta los dientes. Por la noche, compartirá el helado suelo del glaciar y una manta con algún camarada, bajo el cielo infinito del Karakorum. Si llueve o nieva se protegerán con un plástico y unos cartones, y nos ofrecerán su comida y su té, y su sonrisa, si nos acercamos a ver qué tal les va o a sacar unas fotos. Y siempre esa sonrisa, que me alienta todavía muchos meses después de llegar de vuelta a casa. Quizás sea porque Sher Alí sabe, tan bien como yo, que el hotel donde dormirá esta noche tiene mil estrellas, y ,mañana seguiremos nuestro caminar, libres y salvajes, bajo el cielo azul o la nieve. Por eso Sher Alí se ríe, y se ve que es un hombre en paz.

Por la noche, desde Concordia, se vislumbra la silueta inconfundible y sobrecogedora del K2. También se ven las estrellas, pero es sólo un claro antes de que vuelva a nevar. Observo anonadado este paisaje nocturno, medio helado, y formulo un deseo. Y, sin pensar en concreto en el K2, me vienen a la cabeza estos versos:" Te dejaré estar en mis sueños si me dejas estar en los tuyos".

UN PAIS MUY PELIGROSO

Campo base, 29 junio

Una inquietante masa blanca cubre la morrena glaciár donde vivimos desde hace una semana. Pomposamente lo llamamos campo base, aunque no son más que unas cuantas tiendas instaladas sobre la nieve precariamente. Ha estado nevando durante una semana y los relieves han desaparecido, engullidos en esa espesa uniformidad. Para un pintor o fotógrafo sería un sueño, para un montañero es casi una pesadilla.

Alex y yo nos hemos integrado, con el fin abaratar costos, en un campo base con alpinistas de diferentes países con quienes compartimos mesa e incluso mantel. Luego, ya en la montaña, seremos todo lo independientes que podamos en medio del gentío que se agolpa aquí este año. 150 tiendas se extienden a lo largo de 800 metros de glaciár, y unos 120 alpinistas se quieren subir a la hermosa chepa de este K2 que contempla nuestros deseos con un cierto desdén, de momento. Entre toda esta tropa, yo distinguiría cuatro categorías, a saber; **alpinistas** (llevan años preparándose para esta ascensión), **astronautas** (pretenden reducir la altura real del K2 usando oxígeno embotellado), **lunáticos** (sin experiencia, jamás han subido a ochomil metros y pretenden aprender aquí) y **turistas** (pagan 3 kilos a una agencia para que les suban y, si no es mucho pedir, les bajen). Y apenas la mitad de quienes estamos aquí encaja en el primer grupo.

Me complace saludar a mi amigo Mikel Zabalza, que está aquí trabajando para un programa de televisión. Está en plena forma y motivado, muy contento. También visito a tres amigos; vascos, andaluces, catalanes y madrileños, casi todos con sus respectivas banderas a cuestas, como una penitencia. Todos ellos son buena gente, y la mayoría, excelentes alpinistas. En contraste, hay otros que uno no sabe qué pintan en el K2. No tienen ni idea de por dónde les da el aire, y hay quién es al unísono turista, astronauta y soñador. El caso más dramático es el de un chaval francés que nunca antes ha subido a 6000 metros de altura, y que ha venido porque “cuesta casi lo mismo que el Gasherbrum II”, en sus propias palabras. Y de un género parecido, aunque no tan lunáticos, encuentro a varios suizos e italianos, un iraní, alguno que no sabe nadie de donde son, un rumano, algún americano... Carecen de la experiencia y de la técnica para subir a este gigante, y la mayoría sólo pueden aprovechar el rebufo de los grupos realmente preparados. Constituyen un serio peligro para sí mismos y para los demás. Sé que mis palabras suenan intolerantes, pero es el tercer año que vengo, y los dos últimos he visto como tres personas no volvían a casa, y eso causa una tristeza difícilmente reparable.

También hay gente de lo más interesante, caso de mi nuevo amigo Wladimir Suviga, un alpinista de Kazajistán veterano y fortísimo, que pertenecía a la selección soviética en su años de gloria. Tiene muchísima experiencia, y ha subido a un saco de ochomiles, en algunas escaladas que figuran en los anales del Himalayismo. Wladimir tiene unos ojos increíblemente azules y expresivos, y cuando habla no puede ocultar la pasión que siente por las montañas. Hablamos a menudo de la vieja escuela rusa, de nuestro común amigo Anatoly Bukreev, y de los nuevos tiempos que corren por el Himalaya. Un día le encuentro nostálgico, y le pregunto por el motivo de su melancolía:

- Es que he llamado a Kazajistán y todos mis amigos están de fiesta, jugando a cartas y bebiendo vodka. Les he contado que aquí en Pakistán no podemos beber, que está terminantemente prohibido.
- ¿Y qué te han dicho ellos?
- Que vuelva a casa corriendo, que este es un país muy peligroso.

OSCURAS SOMBRAS

Campo base, 6 julio

Mientras una ciudad entera explota envuelta en alegría y fiesta, mi compañero Alex y yo llevamos ya quince días instalados bajo las laderas del K2. Un pequeño paréntesis de buen tiempo nos ha permitido escalar hasta los 6600 metros de altura del campo 2 y pasar allí la noche. Montamos en ese venteado lugar una tienda de menos de dos kilos de peso, lo que significa que es frágil, diminuta y por lo tanto incómoda, pero le tenemos mucho cariño puesto que en nuestra reciente ascensión al Makalu, en Nepal, nos sirvió de refugio durante tres violentas noches a 7600 metros de altitud. Es muchas veces curiosa y carente de lógica la relación que se establece entre los alpinistas y su material, es realmente un vínculo sentimental más que otra cosa.



Iñaki Ochoa a 6600 metros.

Durante estas últimas dos semanas nos hemos dedicado paradójicamente a descansar, a recuperar el equilibrio físico y emocional perdido en medio de tanto viaje, y también a impregnarnos del espíritu tan particular que se desprende de esta montaña. Ambos pesamos 68 kilos, 5 por debajo de lo habitual, y esperamos impacientes nuestra oportunidad. El K2, mientras tanto, continúa mostrándose completamente indiferente a nuestros anhelos y esfuerzos. Se me antoja bello y eterno, como el año anterior, como siempre.

El pasado mes de marzo estuve en Isaba presentando un montaje audiovisual, una conferencia que tuvo lugar en el viejo y hermoso cine del pueblo. Durante el posterior coloquio uno de los asistentes, un chaval joven, me reprochó con gracia; “ Si, todo muy bonito y muy poético y tal, pero ¿allí nunca sufrís, nunca estáis jodidos?” El chico tenía razón; es curioso observar cómo nos olvidamos a menudo de todas las malas experiencias y sólo aquello que nos gusta encuentra sitio en la memoria. Lo cierto es que nuestra actividad hay momentos de plenitud, de alegría y de puro gozo. Pero no es menos cierto que también escalamos a través de nuestros propios miedos, nuestras dudas, nuestra propia desesperación y frustración.



K2 visto desde campo base.

Aquel que viniera a escalar el K2 pensando que a él no le puede pasar nada sería el más grande de los necios. Aquí el miedo alarga la vida, aunque luego cada uno tiene sus maneras de arrinconarlo. La duda también está presente, y nadie puede asegurar que subirá a la cumbre. No importa el tiempo o el dinero invertidos, en esta montaña la última palabra la tiene ella. La frustración me invade a calientes oleadas cuando veo que estos dos últimos días hace un tiempo bastante decente, previo a una supuesta semana de mal tiempo, y sin embargo nadie se decide a tirar para arriba con convicción.

Quando veo que todos esperan que sean los sherpas y los porteadores de altura pakistaníes quienes equipen la montaña con cuerdas y cuando hasta alpinistas de elite suponen que la montaña se equipará con cuerdas fijas hasta la propia cumbre. Quizás sea que los tiempos están cambiando en el K2 pero yo no quiero que cambien. Lo que me desespera es pensar que los tres últimos años los he pasado por aquí, son muchos meses invertidos en lo mismo, y en Santo Domingo están todos corriendo en el encierro...

Pero luego se me pasa, en un instante, cuando asoma una estrella por la noche, o cuando veo la cima envuelta en nubes y misterio, con ese velo de inaccesibilidad que puede acabar con la paciencia del hombre más valiente y dispuesto. Son días de luces y sombras, oscuras sombras que ciertamente endurecen mi piel poco a poco..

Intuyo que la lucha será dura, pero claro, eso ya me lo imaginaba. Y si este año se escapa de nuevo, tendremos entonces que escalarlo por las escarpadas sendas de la imaginación, por los abismos del alma, por esos lugares por los que el espíritu de un hombre de aventura transita mucho antes de que lo hagan sus pasos. Y, si me leen ustedes desde Pamplona, disfruten de la fiesta y tómense una a nuestra salud.

Gracias.

MI MEJOR DISPARO

Campo base, 13 julio

Parece ya una eternidad el tiempo que llevamos debajo de esta mole de piedras y nieve, y sin embargo ha pasado en un suspiro. Estábamos, claro, dispuestos a aprovechar nuestra buena forma física y aclimatación y a efectuar una escalada rápida y limpia, que nos dejara de vuelta en casa antes de que comenzaran los calores y las fiestas. Pero el K2 empieza otra vez a expresarse como suele, huraño y tosco, acabando con la paciencia del más pintado. Hay quién ha recogido sus trastos ya y ha puesto tierra de por medio, caso de nuestro amigo alemán Peter Guggemos, harto ya de someterse a los caprichos inanimados de este monstruo de montaña (los de la expedición andaluza le llaman “el bischo”).



Iñaki Ochoa a 6500 metros.

Me ha sorprendido la reacción de mis amigos y familia tras mi artículo de la semana pasada, que era algo más oscuro y pesimista de lo habitual. No había motivos para ninguna preocupación, aunque lo cierto es que el estado mental necesario para escalar el K2 es un poco especial, y también necesita de horas de navegación a través de las zonas más alejadas y recónditas de tu propia personalidad. Requiere un compromiso que es vital y serio como pocos, si damos por supuestas todas las cualidades físicas y técnicas.

Así pues he recibido un montón de llamadas telefónicas y correos electrónicos (ya nadie escribe cartas) que intentan animarme y sacarme de mi inexistente depresión, lo cual no deja de ser una curiosa posición. En cualquier caso se agradecen los ánimos, por descontado. La que más me gusta, faltaría más, es la arenga que me dedica mi novia: “No quiero que te preocupes por el tiempo que haga o por volver pronto, todavía podemos escalar y pasear por el Pirineo, e ir a la playa, cuando vuelvas. Quédate ahí hasta que venga el buen tiempo. No te preocupes por mí, te espero el tiempo que necesites, pero ya que estás en Pakistán sólo para escalar el K2, tienes que dedicarle tu mejor disparo”. No está el horno para bollos, como para volver sin cumbre...

Extraño mucho a mis amigos de kazajistán, con quienes compartí expedición el año pasado. No son los escaladores más ágiles o pintureros del mundo, ni desde luego los que más medios tienen a su disposición, pero si ellos hubieran estado aquí este año habríamos subido ya un par de veces al K2, puesto que el tiempo no está siendo tan malo como los dos últimos años. Ellos tienen la cualidad más necesaria en esta situación: un fiero deseo de subir que les quema por dentro y que no conoce barreras, además de que algunos de ellos comen mejor aquí que en sus casas, cosa que parece imposible para un alpinista occidental. Bien es cierto que debido a

esta salvaje pasión resultan a veces un poco “peligrosillos”. Por el contrario, por el campo base estos días se ven muchos casos de gente que se ha gastado ya toda la pasión y toda la imaginación en otras facetas de su vida, y que está aquí por otras muchas razones, quizás legítimas, pero no tan bellas. De hecho hay gente que empieza a estar seriamente preocupada porque se acaba la mayonesa o el jamón, por ejemplo, lo cual no deja de resultarme extraño y paradójico.

El pasado día 8 de julio, aprovechando que es jueves, recorro en 8 horas y pico el camino que separa el campo base, a 4900m., y los 7200 , cerca ya del campo tres. No recuerdo verme jamás en una condición tan excepcional, así que retorno al base a descansar y recuperar. Y eso es lo que hacemos últimamente, siguiendo la vieja máxima expedicionaria de comer hasta tener sueño y dormir hasta tener hambre.

Las fuerzas y el deseo crecen poco a poco en el corazón de un lobo solitario. Así me siento yo, mientras me doy cuenta que el deseo quiere ser vivido, con una fuerza que amenaza con llevárselo todo por delante. O sea, aquí hasta que nos echen.

OXIGENO

Campo base 21 julio

He pasado los últimos cinco días en el valle, intentando desconectar un poco de la ya decididamente depresiva atmósfera del campo base. La excusa para bajar era buena, es necesario oxigenar los músculos antes de realizar un esfuerzo tan extraordinario como el de escalar el K2. Esta es una de las muchas teorías de la escuela soviética, que tantos éxitos ha cosechado a lo largo de los años. Ellos aseguran que un descenso de varios días a baja altura eleva hasta su máximo nuestras capacidades físicas. Y yo suelo hacer caso de ello, si puedo.

En cuanto descienes mil metros por debajo del nivel del campo base comprendes porque lloramos al nacer y por qué el simple acto de respirar es algo de lo que no podemos prescindir en ningún momento de nuestras vidas, aunque normalmente no seamos ni siquiera conscientes de ello. Cuando bajas de los cuatro mil metros de altura después de una prolongada estancia por encima (yo llevo cuatro meses...) notas como te pica la nariz debido al exceso de oxígeno, sientes como vuelves a asimilar la comida, como el sueño es de veras reparador, como tu cabello y tus uñas vuelven a crecer. Es el retorno a lo más básico de la vida, a los olores y colores diferentes. El simple hecho de ver hierba y flores, y poder olerlas, hace que se dibuje una gran sonrisa en nuestra cara. Después de unos días en el valle las fuerzas retornan poco a poco a las piernas, y también la cabeza hace acopio de nuevas energías. Por si no fuera suficiente con todo ello, mi novia se ha acercado hasta aquí durante sus vacaciones, es un chica valiente, y obvia decir que el reencuentro es grato para ambos. Bueno, lo confieso, he bajado sólo a buscarle, que le den morcilla a la escuela soviética.

Pero el trabajo en el monte no ha hecho si no comenzar, y de nuevo enfilo el glaciar del Baltoro , son 60 kilómetros de (duro) paseo, y los recorro de nuevo con ganas y fuerzas, con las pilas otra vez cargadas. Al llegar al campo base, sin embargo, la sorpresa será mayúscula al ver como ha degenerado el ambiente durante la última semana. Encuentro a casi todo el mundo decididamente bajo de moral, quizás porque los pronósticos del tiempo han sido contradictorios durante el tiempo que yo he pasado fuera, y eso es demasiado a estas alturas de la jugada. Mucha gente ha subido con la idea más de recoger el material que de realizar un intento serio de escalada. Y hoy nadie sabe a qué atenerse, unos dicen que viene mucho viento y otros que es posible escalar el fin de semana.

Para cuando ustedes lean estas líneas nosotros habremos tomado ya una decisión, y les aseguro que no es fácil. Las condiciones de la montaña son malas, y el tiempo cuando menos incierto, pero no nos resignamos a irnos otra vez con las manos vacías. No me refiero a hacer cumbre o no, porque creo que es más importante ser que tener, y lo que vivimos durante el camino es más importante que la meta (cima). No se trata de subir a cualquier precio ni de cualquier modo, pero por lo menos quiero darle al K2 un buen intento, que me deje vacío otra vez, algo que el clima y las circunstancias no nos han dejado hacer en los últimos años.

Hoy es el día más intenso de la expedición, sabemos lo que está en juego y somos conscientes del enorme esfuerzo que llevamos detrás, tanto durante la organización como durante la preparación de la escalada. Lo único que queremos es subir otra vez allí arriba, donde el aire es tan fino que corta, donde cada paso cuesta kilos de voluntad y arrobos de imaginación, allí donde ni el sol más hermoso calienta.

Dijo el poeta, "Dormimos para descansar, luchamos mejor tras ser burlados". Yo ya he dormido suficiente, aquí mismo me han burlado ya más de una vez , me declaro pues listo para la lucha.

LAS LÁGRIMAS DEL K2 (I)

Campo Base, 30 de julio 2004.

La semana pasada fue la peor de toda la expedición, casi diría que la peor de mi vida. Unos pequeños pero poderosos gérmenes se habían instalado a vivir en mi sistema digestivo. Y hube de tomarme un potente medicina llamada Metronirazol para expulsarlos. El tratamiento dura tres días y finaliza a la vez que el mal tiempo, el viernes 23 de julio. Cuando al día siguiente amanece un día fantástico sin que nadie lo hubiera previsto, comprendo que ha llegado el momento de darlo todo por esta montaña, que se metió en mi vida hace 10 años y que todavía está ahí. Salgo decidido a alcanzar a los grupos de TVE e italianos que están saliendo al campo III. A los 7.100 metros, tras escalar 8 horas con las manos completamente heladas, tengo que darme la vuelta y regresar al Base.

Una vez allí creeré, mientras baño mis dedos medio helados en agua templada, que todo ha terminado y que me toca irme a casa.

El domingo amanece con otro día brillante. Y mientras otros tiran para arriba, yo comienzo a empaquetar. Pero un demonio sensible e inteligente me visita mientras recojo mis cosas. Y me dice al oído que todavía me quedan balas en la cartuchera mientras que yo miro de soslayo a esa montaña que tanto deseo. Mi novia me anima a intentarlo de nuevo, y eso que ella se tiene que ir el lunes 26, además de asegurarme que el efecto de las pastillas para el estómago ha debido pasar ya. Eso es amor a bajo cero, sin límites. Cuando nos despedimos en la madrugada del día siguiente, me dice: "Ésta es tu montaña. A por ella".

Y yo obedezco, y salgo disparado, concentrado en la escalada más importante de mi vida. Incluso me he puesto calzoncillos limpios por lo que pueda pasar. Enseguida me doy cuenta de que estoy en una condición extraordinaria y que gracias al trabajo que han hecho otros, y que de veras también me hubiera gustado hacer a mí, las posibilidades son altas.

El martes, camino del campo IV, me cruzo con las nueve primeros que descienden de la cumbre, los primeros en hollar el K2 tras tres años sin ascensiones. Felicito a mi amigo Mikel Zabalza por este gran éxito y observo el terrible estado en el que baja Juanito Oiarzábal, ayudado por otros como Juan Vallejo o Ferran Latorre, intento confortarlo lo que puedo, mientras me pregunto si el tiempo aguantará un día más. Una delgada línea de nubes se acerca muy lentamente por el horizonte y me tiene obsesionado. Pregunto a Vallejo si necesitan mi ayuda y el alavés me dice que no, que tire para arriba.

Me instalo en el campo IV (7.800 metros), bebo todo lo que puedo, y salgo sin duda a la fría y oscura noche. Mientras ajusto mis crampones a las botas, miro al cielo como un animal olisqueando el mal tiempo. A las 0.50 me pongo en marcha y comienzo a caminar como un poseso. Empiezo a pasar gente que van respirando oxígeno artificial, gente de cuya mochila emana un comfortable siseo que las hace estar a una altitud mucho menor que la real. Alguien –a día de hoy aún no sé quién- se ríe y dice a través de su máscara cuando le adelanto: "Iñaki, big cabrón". Recorro de noche los lugares míticos, el Hombro, el Cuello de botella, la Piedra triangular..., y a 8.500 metros bato mi récord personal de WC.

Los últimos 100 metros, ya de día, empiezan a costarme mucho trabajo, pero pasan pronto y recorro llorando los últimos metros de arista cimera. Arriba, me acuclillo en la nieve y lloro y lloro sin parar, la primera vez que me sucede en un ochomil.

Son lágrimas acumuladas durante años de espera, lágrimas de alegría y de pena también al observar la cara norte donde murió Atxo Apellániz hace ahora diez años. Son lágrimas de amor y catarsis. Son las lágrimas del K2, del lugar más bello del mundo.

LAS LAGRIMAS DEL K2 (II)

Skardú, 4 de agosto.



Iñaki Ochoa De Olza y unos amigos en cima de k2.

En la cumbre del K2 el tiempo se disuelve y deja de ser una referencia. Después de varios ataques de llanto, consigo serenarme y realizar todas las tareas que conlleva el pisar una cima de esta envergadura. Unas docenas de fotos más tarde puedo llamar por teléfono a casa, y despertarles a las tantas de la madrugada para darles la feliz y supongo inquietante noticia de que soy el ser humano que está a más altura, en aquél momento. Hablo también, maravillas de la tecnología, con un par de amigos y con mi chica, y si alguno de ellos están preocupados, lo disimulan muy bien, y me animan a bajar con cuidado. En el punto más alto sopla un frío viento del oeste, así que me refugio a sotavento para realizar todas estas labores. El paisaje es infinito y eterno, más parece un cuadro o una foto, y todavía estamos muy lejos de darnos cuenta de lo conseguido.

Arriba he coincidido con mi amigo Carlos Soria, que a sus 65 años se ha convertido, oxígeno artificial mediante, en el hombre de más edad en coronar el K2. También está un guía suizo, Mishu Wirth, que espera paciente a un par de clientes, todos ellos con oxígeno. Veo que se mueven con un poco más de soltura que yo, pero aparte de eso me siento bien, y puedo pensar con claridad en este punto que roza la estratosfera. Decido esperar a mi nuevo amigo rumano, Horia Colibasanu, un dentista de Timisoara de 27 años de edad que se ha convertido por azar en mi compañero de escalada. Es un chico sensible y muy inteligente, y se convierte en el primero de su país en pisar la cumbre. Se le ha caído su piolet durante la noche, y al final sube con uno prestado. Cuando llega arriba parece despistado por un momento, no tiene experiencia en montañas de ocho mil metros, pero esta de verdad feliz y exultante.



Iñaki en cumbre.

(Se preguntarán con razón ustedes que pasó con Alex Txikón, mi joven compañero de expedición. El había decidido intentar la ruta del espolón SSE con el madrileño Jorge Palacios, pero ambos regresaron desde los 7200 metros debido al exceso de nieve. Después Alex subió hasta 6700 metros por la ruta de los Abruzzos, el 27 de julio, pero viendo el estado crítico en el

que descendía Juanito Oiarzábal decidió ayudar en el rescate, trabajando duramente durante más de 12 horas, y sacrificando sus únicas opciones de cima. Pobrecico, todavía está esperando que le den las gracias.)

Después de una hora en la cima me percaté de que el K2 no ha dicho aún su última palabra. Las nubes comienzan a envolver a toda velocidad las partes bajas de la montaña, y ahora empieza una carrera por la vida que es fácil de perder. El tiempo está cambiando radicalmente y en minutos, sin avisar, como en la peor pesadilla de alguien que escale esta terrible montaña. Comienzo un descenso a la carrera, sé que si las nubes cubren el hombro no tendremos opción de localizar el campo 4 en la tormenta. Me cruzo con Wladimir Suviga, el fortísimo kazajo que todavía ascenderá en la tormenta, y más abajo, con Alexander Dubaiev, de Kirguizistán, que me cuenta que se siente muy bien a 8400. Será la última vez que lo vea con vida.

En el cuello de botella me desentiendo de las famosas cuerdas fijadas, y destrepo sin tocarlas para evitar el tapón que forman algunos escaladores. Pero a las 10,30 de la mañana, ya en el hombro, las nubes y la nevada nos envuelven. Todos nos perdemos, algunos juntos y otros por separado, casi inmediatamente. Yo veo mi destino unido al de Mingma, el serpa de los andaluces, que me asegura que él sabe donde está el campo 4. Después de tres intentos infructuosos por localizarlo, ambos nos ponemos nerviosos, y él, llorando, me dirá que “no quiere morir”.



En la montaña de las montañas.

Son las otras lágrimas del K2. La involuntaria odisea durará una hora, y seremos dos alpinistas muy aliviados los que lleguemos tambaleándonos a esas pequeñas tiendas que nos refugian y salvarán en las próximas horas de vendaval. 24 horas después, tras luchar como pocas veces, llegaré agotado al base, caminando sólo por el callejón de los sueños rotos.

LA MIRADA DE CRISTAL

Jueves, 5 de abril de 2007

El avión desciende suavemente, por una vez. Ha encontrado sin problemas, y no es nada fácil, el único hueco que da acceso a este valle rodeado de colinas donde se asienta Kathmandu, esta ciudad sucia y ruidosa que se ha convertido en mi segundo hogar. Ya no me siento extraño cuando me muevo de prisa por los callejones del barrio turístico, corriendo como loco mientras realizamos las mil y una gestiones necesarias para preparar nuestra próxima expedición al Dhaulagiri y, en caso de que todo salga bien allí, también al Annapurna. Nada me es ajeno ya, en este ambiente. Durante el vuelo me he entretenido contando, papel en mano, el número de veces que he aterrizado en el Reino de Nepal. No me sorprende la cifra resultante: han sido 29 ocasiones.

Mis amigos sherpas me dicen, nada más aterrizar, que aquí el invierno ha sido de los buenos, Nada que ver con el que nos ha tocado a nosotros en casa. La nieve se acumula arriba en las montañas, lo que no sabemos si es bueno o malo. Pero como es un hecho que tiene toda la pinta de ser irrefutable, pues más vale no preocuparse por ello. En la ciudad ha nevado otra vez después de 62 años sin hacerlo, y eso que Kathmandu está situada solamente a 1.300 metros de altitud, sí, pero a la misma latitud que las Islas Canarias. Mas nos vale.

En el avión, a mi lado, viajaban Oscar Fernández e Ignacio Barrio. En sus caras veo la mía, reflejada como en un espejo. Esperamos reunirnos cuanto antes con Joby Ogwyn, Joelle Brupbacher, Horia Colibasanu y Jorge Egocheaga, los demás miembros de nuestra expedición. Oscar e Ignacio se han preparado con espartana dureza para nuestra escalada, y ambos han puesto toda la ilusión y la imaginación de la que disponen para que ahora estemos aquí, de nuevo bajo el Himalaya. Y también todos sus ahorros. Nuestros últimos días en Pamplona han resultado ser la locura habitual, rodeados del infame estrés emocional, conocido y temido, de las despedidas. Y asimismo los nuestros sufrían sin duda la mirada ausente y vacía de quien tiene el alma ya en camino, en algún lugar lejano.

De manera que nuestros espíritus se abren ya paso por las nieves profundas y sagradas de las dos grandes montañas que rodean el valle del Kali Gandaki, en un lugar tan bello que mis intentos por describirlo serán sin duda vanos e inútiles. Ahora solo queda que nuestros cuerpos se reúnan con sus almas vagabundas, en un proceso que para nosotros es cíclico y, a estas alturas de la jugada, natural. Pronto nuestros demonios serán exorcizados una vez más, caerán rendidos y sin fuerzas, perdidos en medio de ese baile salvaje que es la escalada en el Himalaya. De nuevo, volveremos a casa destruidos físicamente, quizás, pero sin duda renacidos. En nuestros ojos brillará una mirada diferente, de cristal, que dice a las claras y sin tapujos: "He estado en un lugar especial. Y he vuelto para contártelo."

PS De nuevo debo agradecer de corazón a LORPEN y a DIARIO DE NAVARRA su apoyo incondicional. Me han demostrado que saben estar a mi lado por igual cuando llueve o cuando hace sol, sin presionarme en lo más mínimo, siempre con las palabras justas a mano. Gracias.

Al resto de mis amigos y colaboradores, más de lo mismo. Las gentes de CampoBase y de Rocopolis, de Montura y de Tuckland hacen que me sienta valorado y apoyado.

Me gustaría mandar un abrazo especial a mi joven amigo y profesor de Nepali durante el pasado invierno, un chico Sherpa que vive cerca de Pamplona y se llama Pasang. Y a ti, Corinne, te mando un beso. Solo te puedo decir que espero estar muy pronto a tu lado, devolviéndote toda esa energía que mi ausencia te roba....

LOS PLANES PARA 2007

Dhaulagiri y Annapurna, la mirada cristalina.

viernes, 9 de marzo de 2007

El invierno, este triste invierno, de 2006-2007 ha conseguido algo que a priori ni los más sesudos eruditos conseguirían explicar; irse sin haber siquiera llegado. No sabemos cómo pero todavía esperamos que nieve, que se pueda esquiar en Aralar, que se formen las cascadas de hielo que pillen más cerca que Noruega, que el frío apriete sin compasión. Nada de eso ha sucedido y sin embargo algunos de nosotros hemos seguido haciendo lo mismo de siempre, con la misma ilusión de siempre. Hemos subido a las montañas sin mirar a las praderas de hierba a 2.800 metros de altura, sin hacer caso de los termómetros que marcaban dígitos dobles sobre cero. Seguro que tales aparatos saben mucho menos que nosotros de la pasión cierta y verdadera que consume y que regala energía, que da vida a quién la prueba, la pasión por las montañas. No, mejor no quejarse. El invierno ha sido eso y no lo podemos cambiar. Pero resulta inevitable olvidarse de él sin echar la vista atrás demasiado. Sobre todo si uno está a punto de subirse a un avión con destino a Nepal. Otra vez..

La escalada solitaria y express al Shisha Pangma, abriendo además una nueva vía, (o ruta, rutaza, rutita, variante o variantita, elijan ustedes la que crean más conveniente) fue con diferencia la mejor escalada de mi vida, eso es una verdad de Perogrullo. El hombre que a duras penas bajó de aquél monte era un espectro que tenía poco que ver con el que salió sólo un día antes del campo base. Consumido como estaba hasta extremos hasta por mí insospechados, sobre todo mentalmente, la recuperación se iba a alargar durante al menos un mes completo. Me ayudó, además de la gente que me quiere, una especie de fuego que todavía me quema por algún sitio profundo, sin atenuarse con el paso de los años, y que enseguida me empezó a hacer soñar con las montañas salvajes del Himalaya,. Me voy a montar en el avión que me lleve a Nepal con la ilusión intacta, después de tantos años.

Recibí cientos de sinceras felicitaciones tras el éxito otoñal. Las agradecí de corazón. Pero casi todo el mundo repetía la misma frase., con una alegre sonrisa como acompañamiento: " ¡Ya sólo te quedan tres!". ¡Pero si a mí me pone muy triste que sólo me queden tres!, pensaba yo presa de cierta desazón, a sabiendas de que no es cierto. Y además, qué montañas. Hay tajo de sobra, que no se preocupe nadie, el empeño puede requerir de bastante tiempo y de algunas intentonas. Por lo tanto, el menú de mis próximas escaladas es succulento y no ceo que me deje insatisfecho o hambriento. Como entrante, vamos a pasar el mes de abril en el Dhaulagiri,viejo conocido, aunque si las condiciones no son buenas tendremos que quedarnos allí lo que se tercié. En mayo y como segundo plato nos iremos caminando hasta el cercano Annapurna, el primer ochomil conquistado y estadísticamente el más peligroso, que yo no he intentado nunca. Y reservaremos para postre, sin fecha concreta de momento, el Kanchenjunga, la montaña en la que pienso todos los días desde la primavera de 1990, la única montala de entre las grandes a la que amo tanto que paradójicamente no me importaría no escalarla jamás.

En el Dahula serán de la partida viejos conocidos, todos buenos amigos; el asturiano Jorge Egocheaga, los navarros Oscar Fernández e Ignacio Barrio, el rumano Horia Colibasanu, el norteamericano Joby Ogwyn y la suiza Joelle Brupbacher. Nuestra idea está clara; disfrutar de la montaña, de los amigos y de al vida. Sin trucos y sin trampas, como hacemos siempre que podemos. Se trata por cierto de un grupo muy fuerte. Joby y Jorge son dos de los alpinistas más rápidos que he visto jamás, y Jorge es en particular el más duro de todos los rusos y kazajos, sin duda. Entre todos sumamos más de 30 ochomiles, lo que no nos servirá de mucho, quizás, pero aporta serenidad y experiencia en un cierto modo de hacer las cosas.

En el baile del Annapurna ha sido más difícil encontrar pareja, debe ser que tiene mala fama la moza.. Pero aún así, Horia, Joelle y un servidor nos iremos hacia allí con ganas y sin miedo, pensando que sin duda ha de existir vida alpinística en una montaña de tales dimensiones. Allí se nos unirá, procedente de su propio intento al Shisha Pangma, el australiano Andrew Lock, viejo conocido que acumula 11 ochomiles.

Desde el próximo 26 de marzo, día de la partida, espero poder contarles en esta web y en las páginas de Diario de Navarra cómo nos va, qué sentimos, aprendemos. O al menos qué se ve desde arriba. Les invito a seguir nuestros pasos con calma, y mientras tanto espero ser capaz de transmitir parte de la fuerza y la belleza que estas montañas poseen.

Así que nuestras espíritus se abren ya paso en las nieves profundas y sagradas del valle del río Kali Gandaki, en un lugar tan bello que mis intentos de describirlo serán sin duda vanos e inútiles. Ya sólo queda que nuestros cuerpos se reúnan con aquellos, en un proceso natural que hará que nuestros demonios interiores sean, una vez más, exorcizados, en ese baile salvaje y vital que es la escalada en el Himalaya. De nuevo, volveremos a casa destruidos físicamente, pero quizás renacidos, con una mirada diferente, cristalina, que dice a las claras y sin tapujos; “ he estado en un lugar especial y único. Y he vuelto para contártelo”.

PS He de agradecer tanto a tantas personas que seguro que me olvido de alguien si empiezo. Pero es de justicia que me acuerde de dar las más sinceras gracias a los dos Jorges, a David, a José Martín y Koldo, al otro Koldo y a Pasang (mi joven profesor de nepalí), por su amistad sin condiciones. La misma que me regalan Patxi, Ignacio, Oscar y Angel, y Mikel y Carlos, infatigables compañeros de entrenos o escaladas o bocadillos en el bar de Adrián, otro que tal baila. A Peio y Juli, y Onditz e Idoia, por su amor. A Josetxo, por escribir de mí con tal cariño. A **DIARIO DE NAVARRA** y **LORPEN**, por seguir confiando en mí y en NAVARRA 8000. A mi familia, a mi fiel y paciente Ulises, a mi pequeña Lidia y a mi pequeño Martín. Y a todos los que me seguís o me escucháis en mis conferencias, por supuesto. Y a ti, Corinne, por no perder ni la fe ni el valor y traerme de vuelta tras mi travesía del océano solitario. A todos, gracias de corazón.

Iñaki Ochoa de Olza.

LA MIRADA DE CRISTAL

Jueves, 5 de abril de 2007

El avión desciende suavemente, por una vez. Ha encontrado sin problemas, y no es nada fácil, el único hueco que da acceso a este valle rodeado de colinas donde se asienta Kathmandu, esta ciudad sucia y ruidosa que se ha convertido en mi segundo hogar. Ya no me siento extraño cuando me muevo de prisa por los callejones del barrio turístico, corriendo como loco mientras realizamos las mil y una gestiones necesarias para preparar nuestra próxima expedición al Dhaulagiri y, en caso de que todo salga bien allí, también al Annapurna. Nada me es ajeno ya, en este ambiente. Durante el vuelo me he entretenido contando, papel en mano, el número de veces que he aterrizado en el Reino de Nepal. No me sorprende la cifra resultante: han sido 29 ocasiones.

Mis amigos sherpas me dicen, nada más aterrizar, que aquí el invierno ha sido de los buenos, Nada que ver con el que nos ha tocado a nosotros en casa. La nieve se acumula arriba en las montañas, lo que no sabemos si es bueno o malo. Pero como es un hecho que tiene toda la pinta de ser irrefutable, pues más vale no preocuparse por ello. En la ciudad ha nevado otra vez después de 62 años sin hacerlo, y eso que Kathmandu está situada solamente a 1.300 metros de altitud, sí, pero a la misma latitud que las Islas Canarias. Mas nos vale.

En el avión, a mi lado, viajaban Oscar Fernández e Ignacio Barrio. En sus caras veo la mía, reflejada como en un espejo. Esperamos reunirnos cuanto antes con Joby Ogwyn, Joelle Brupbacher, Horia Colibasanu y Jorge Egocheaga, los demás miembros de nuestra expedición. Oscar e Ignacio se han preparado con espartana dureza para nuestra escalada, y ambos han puesto toda la ilusión y la imaginación de la que disponen para que ahora estemos aquí, de nuevo bajo el Himalaya. Y también todos sus ahorros. Nuestros últimos días en Pamplona han resultado ser la locura habitual, rodeados del infame estrés emocional, conocido y temido, de las despedidas. Y asimismo los nuestros sufrían sin duda la mirada ausente y vacía de quien tiene el alma ya en camino, en algún lugar lejano.

De manera que nuestros espíritus se abren ya paso por las nieves profundas y sagradas de las dos grandes montañas que rodean el valle del Kali Gandaki, en un lugar tan bello que mis intentos por describirlo serán sin duda vanos e inútiles. Ahora solo queda que nuestros cuerpos se reúnan con sus almas vagabundas, en un proceso que para nosotros es cíclico y, a estas alturas de la jugada, natural. Pronto nuestros demonios serán exorcizados una vez más, caerán rendidos y sin fuerzas, perdidos en medio de ese baile salvaje que es la escalada en el Himalaya. De nuevo, volveremos a casa destruidos físicamente, quizás, pero sin duda renacidos. En nuestros ojos brillará una mirada diferente, de cristal, que dice a las claras y sin tapujos: "He estado en un lugar especial. Y he vuelto para contártelo."

PS De nuevo debo agradecer de corazón a LORPEN y a DIARIO DE NAVARRA su apoyo incondicional. Me han demostrado que saben estar a mi lado por igual cuando llueve o cuando hace sol, sin presionarme en lo más mínimo, siempre con las palabras justas a mano. Gracias.

Al resto de mis amigos y colaboradores, más de lo mismo. Las gentes de CampoBase y de Rocopolis, de Montura y de Tuckland hacen que me sienta valorado y apoyado.

Me gustaría mandar un abrazo especial a mi joven amigo y profesor de Nepali durante el pasado invierno, un chico Sherpa que vive cerca de Pamplona y se llama Pasang. Y a ti, Corinne, te mando un beso. Solo te puedo decir que espero estar muy pronto a tu lado, devolviéndote toda esa energía que mi ausencia te roba....

Iñaki Ochoa de Olza.

EL APREMIO

Jueves, 12 de abril de 2007

En las gargantas que rodean el valle del Myagdi Khola, en el corazón del Himalaya nepalí, el tiempo parece haberse detenido hace ya unos cuantos siglos. Durante ocho días hemos caminado por cañones estrechos y sendas poco definidas, preguntando a los pocos lugareños presentes por nuestro rumbo, inseguros cual caminantes novatos. Poco a poco nos hemos despegado de nuestro sopor urbano, de nuestra civilizada torpeza, de nuestras dudas. Lo cierto es que esta marcha de aproximación que acabamos de finalizar es la misma de siempre. Desde un lugar llamado Beni nosotros comenzamos nuestro peculiar peregrinaje. En numerosas ocasiones el camino no permite errores, y un simple tropezón sería sin duda el último. En los dos pasajes más complicados han sido necesarias las cuerdas fijas, para mayor seguridad de nuestros cuarenta porteadores. Ahora comprendemos por qué este valle nunca estará masificado.

Pero ya no miramos atrás. El Dhaulagiri, la montaña blanca, se levanta 3.500 metros por encima de nuestro pequeño y modesto campo base, apenas una decena de tiendas de campaña colocadas precariamente sobre la morrena glacial, entre piedras y a una altitud muy tolerable, 4.650 metros de altura. Los porteadores nos abandonaron sin misericordia todavía a una buena distancia del campo base, y los primeros días los hemos pasado haciendo viajes glacial abajo, con la sana intención de recuperar al menos nuestro material personal. Ahora se han quedado trabajando seis amigos nepalíes, que tendrán que hacer turnos a destajo para traer todo lo que nos falta. Nosotros somos siete escaladores, aunque antes que nosotros han llegado una buena cuadrilla de italianos, viejos amigos y conocidos, un par de catalanes y alguno más. En total, de momento sólo estamos 18 escaladores. Nadie posee una sola botella de oxígeno artificial, ni nadie emplea los servicios de porteadores de altura sherpas, lo cual hace que nuestra relación con la montaña esté despojada de trucos que sólo ocultan la propia incapacidad de medirse con la montaña en una cierta igualdad de condiciones.

Mientras asciendo, el pasado lunes, por primera vez al campamento 1, me concentro en el ruido que mis crampones hacen al pisar la nieve dura. Las condiciones parecen muy buenas. Jorge y yo recorreremos en apenas dos horas y media el camino hasta el collado noroeste, y después aún ascendemos hasta los 5.900 metros, donde plantamos una pequeña tienda. Aunque me siento particularmente bien, he sufrido para aguantar el ritmo de este asturiano inhumanamente fuerte, que se ha convertido en poco tiempo en mi compañero de cordada ideal. Un rato después llegan también los demás. Aquí nada me inquieta, nada me incomoda, nada me hace perder la fe o los nervios, bien al contrario que de vuelta en casa, en nuestro confortable y seguro mundo. Sonrío para mis adentros cuando me acuerdo del par de multas que me han sacudido este pasado invierno. Una por lo de la zona azul y el coche, y la otra por ir corriendo con mi perro por un parque, sin correa ni el can ni yo. Justo antes de partir, alguien

del área de de protección ciudadana (¿) se puso en contacto conmigo por carta., indicándome que, si no pago, ellos se ocuparán del tema "por el procedimiento de apremio".

Miro al hermoso Dhaulagiri, y al otro lado del valle al Annapurna, y pienso que a alguien que se dispone a intentar escalar estas dos montañas no se le puede apremiar. Y después sigo sonriendo, claro.

Iñaki Ochoa de Olza.

EL ANNAPURNA ESPERA

martes, 4 de marzo de 2008

Acabo de dejar atrás uno de los años más difíciles de mi vida. Las secuelas físicas del terrible ascenso al Dhaulagiri han tardado en sanar más de lo que nunca hubiéramos imaginado. Estar lesionado durante seis meses es algo que no entra en los planes de ningún deportista profesional, pero cuando sucede no queda otro remedio que aceptarlo, sacar fuerzas de flaqueza, y tirar para adelante como siempre. Afortunadamente, el doctor J.J. Rey ha solucionado el problema de mi rodilla izquierda con solvencia y desde enero me entreno y escalo con la pasión habitual. Para él va mi más sincero agradecimiento.

Todo está listo. He podido mirar en mi interior con cierta paz, durante la inactividad forzosa, y he visto que el Annapurna, la "Diosa de la abundancia", está llamándome con sus cantos de sirena. Y como soy un hombre muy débil, no he hecho otra cosa que sucumbir ante sus encantos.

Hemos organizado una expedición que nos ofrece todas las posibilidades de subir y bajar en buenas condiciones, y de disfrutar de la escalada cuando sea posible. Vamos a evitar la vertiente norte, *la peligrosa*, por donde transcurre la vía normal, y nos dirigimos a la legendaria cara sur, *la difícil*, con un equipo de alpinistas de varios países. Hemos pensado que mejor escalar una pared muy vertical de varios miles de metros que pasar miedo entre glaciares y avalanchas. Mis amigos Horia Colibasanu (Rumanía) y Don Bowie (Canadá) tienen las ideas tan claras como yo, así que hemos juntado fuerzas y planes. Además, estaremos acompañados de un equipo de ocho alpinistas rusos, entre los que se encuentran mis amigos Sergei Bogomolov, Emil Mamedov y Alexei Bolotov. Su experiencia es inmensa, y su conocida determinación hará que el Annapurna sea un poco más accesible. Será tiempo de seguir aprendiendo ruso, en todos los sentidos...

Mañana día 5 de marzo tomo el avión que me dejará por 31ª ocasión en Kathmandu. En las próximas semanas comenzaré mi proceso de aclimatación en el valle del Everest, para volver después a la capital nepalí e intentar estar en el campo base del Annapurna hacia el 25 de marzo, tras un pequeño trekking de 4 o 5 días que nos dejará en el santuario de los Annapurnas, bajo la cara sur. Dispondremos de los meses de abril y mayo para nuestra escalada.

Como siempre, espero contarles desde esta web y desde Diario de Navarra mis avatares y peripecias. Para ellos, LORPEN y DIARIO DE NAVARRA va mi agradecimiento, por seguir ahí en cualquier circunstancia.

Iñaki Ochoa de Olza.

A todos ustedes, gracias por el aliento y los ánimos, y hasta pronto. "El hielo y las largas noches de luna, con su tormento, me parecían un sueño remoto de otro mundo, un sueño que había nacido y se había desvanecido. Pero, ¿Qué valor tendía la vida sin los sueños?" (Fridtjof Nansen)

MI LUCHA

Última Cronica de Iñaki desde el Anapurna 15 de mayo de 2008

Que no se asuste nadie; no me he vuelto loco del todo, ni estoy peleado con el mundo, ni tampoco me he asociado con lo más granado del nacionalsocialismo. Nada de eso parece haber sucedido, por fortuna. La lucha de la que hablo hoy, mi desesperado anhelo por pisar la cima del Annapurna, es pacífica y espero que noble, apasionada y también quizás algo rebelde, aunque jamás a cualquier precio. La lid a la que me refiero hace que llevemos casi 30 años preparándonos para cuatro días de escalada, muchos meses de entrenamientos específicos con la mente puesta sólo en una cosa, y también ya más de 70 días en Nepal. La espera de las condiciones adecuadas está siendo tensa y larga, pero se supone que el objetivo, de primera categoría, así lo merece. Aunque no hagan mucho caso cuando lean por ahí que pensamos atacar la cima, ya que aquella no nos ha hecho nada, ni tampoco es nuestra intención conquistarla; a lo sumo podremos convivir en paz durante unos cortos minutos, y después continuar nuestro camino agradecidos.

La lluvia golpea con intermitente suavidad la tienda del campo base mientras escribo, ahora en mayo ya sólo nieva durante la noche. Pienso en los días pasados en la montaña últimamente, en medio de la tensión propia de la escalada más difícil de mi vida y rodeados de dificultades en las relaciones personales. Grietas, avalanchas, tormentas, broncas con algún compañero... no se puede decir que nuestras vidas sean anodinas. Alguien definió con acierto al Annapurna como la personificación geológica de la angustia. Yo añadiría sin dudarlo el desamparo y la amarga sensación de ser el último habitante de este planeta. Cuando te plantas debajo, descubres que da igual que pises la cima o que no lo hagas, nada va a cambiar en ambos casos. Esa cima que centellea con rabia sólo mide con exactitud nuestra propia vanidad, nuestra impermanencia irremediable. A veces me gustaría ser libre de mis propios deseos, como un budista cualquiera, y ser feliz sólo contemplando la belleza de lo que me rodea, sin necesidad de escalarla. Pero esta es una montaña fantástica, y yo un hambre débil, y el deseo ha crecido tanto que ya es difícilmente controlable sin amenazas. Esperamos ansiosos el OK por parte de los meteorólogos suizos que, vil metal mediante (son suizos pero no idiotas), nos ayudan con sus previsiones.

Decían los guerreros japoneses, samurai, que la mayor victoria es vencer sin pelear. No sé si aquí podrá ser así. Por ejemplo, nuestros cuatro compañeros rusos, que han peleado como jabatos y vuelven sin la cima, ¿derrotados? Doce días han transcurrido desde su salida del campo base y su regreso, y cada uno de ellos parece una persona diferente, consumidos hasta el alma. Se van ya para casa, tristes, pero en sus ojos puedo adivinar un brillo que los míos todavía no tienen, pero espero que pronto posean. Será sólo después de la lucha.

Hoy no puedo terminar sin mandar mis mejores deseos a Mikel Bidaurre y a su padre, mi amigo Aurelio, que se hallan ahora ante una montaña mucho más difícil que cualquier Annapurna. Sabéis que podéis contar con mi cariño, admiración y lo que sea que yo pueda hacer por vosotros. Los seminómadas tibetanos, cuando en su sempiterno caminar alcanzan una cima o cruzan algún alto collado, gritan al viento "Lho Gyelo" (Los Dioses han vencido). Vuestra lucha no ha hecho más que comenzar, pero estoy seguro de que vosotros también venceréis. Ánimo y coraje desde nuestro Santuario.

Iñaki Ochoa de Olza.

Las últimas fotos desde campo base del Annapurna con Horia y Bowie

